1'116

PEDRO MUÑOZ SECA

El último pecado

COMEDIA

en tres actos y un epílogo, original

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1918

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1918

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elultimopecadoco3801muno

EL ÚLTIMO PECADO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege ét la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ÚLTIMO PECADO

COMEDIA

en tres actos y un epílogo

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA el día 8 de Enero de 1918

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

Al Duque de San Pedro de Galatino, que reúne en sí las tres aristocracias: la de la sangre, la del talento y la del dinero.

¡¡In mosque blanque!!

Con mucho cariño

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LUISA	Sra.	Guerrero.
CONCHITA	Srta.	Martos.
MARÍA		L. de Guevara.
PEPA	Sra.	Torres.
MARTA	Srta.	Cancio.
MME. BERGERE	Sra.	Bofill.
CARMENCITA	Srta.	Hermosa.
VICTORINA		Pacello.
CARLOTA		Alonso.
MARI-GILI		Andriani.
MOSQUETA		Intilini.
VICENTA		Varela de Seijas.
SANDOVAL	Sr.	Valentí.
LUIS		Díaz de Mendoza y Guerrero (F.)
ALMANSA		Díaz de Mendoza (F.)
CAYETANO		Santiago.
BERNABÉ		Cirera.
ROMERITO		Díaz de Mendoza y Guerrero (C.)
PALACIOS		Capilla.
CAPICÚA		Vargas.
LERELE		Juste.
ZAMBRANO		Santander.
PACHECO		Carsí.
MEDINA		Guerrero.
GONZÁLEZ		Labra.
PÉREZ		Dafauce.
GÓMEZ		Gil.

LOS ESTRENOS

EL ULTIMO PECADO

En la Princesa.

Seguramente que la comedia estrenada ayer en el teatro de la Princesa defraudó muchas esperanzas. El nombre de su autor, el Sr. Muñoz Seca, era para muchos anuncio de una comedia regocijada, bufa, o poco menos, y el hecho de haberse fijado primeramente para su estreno un día de Pascua daba aún más fuerza a esa hipótesis.

La realidad vino a desmentirla, y muchos espectadores no habrán perdonado aún la desilusión.

Las personas de buen gusto que sin rechazar sistemáticamente el teatro cómico piensen que el arte escénico puede y debe ser algo más noble y elevado, habrán sentido regocijo ante el fracaso de sus suposiciones: no se rieron ayer tanto como quizá esperaban; pero en cambio hallaron en el Sr. Muñoz Seca algo más que un autor de bufonadas más o menos artísticas: un dramaturgo capaz de empeños mucho más altos y nobles, y que positivamente sabe, tanto por lo menos como hacer reir, hacer sentir y aun hacer pensar. Es todo lo que puede pedirse a un dramaturgo, y algunos de los más famosos terminarán seguramente su carrera sin haber conseguido tanto.

Claro está que la obra estrenada ayer en la Princesa no carece de antecedentes en el teatro del Sr. Muñoz Seca. Hay en él algún ensayo muy feliz que reveló con toda claridad al autor que ayer se nos mostró por completo, y aun sin acudir al recuerdo de *El roble de la Jarosa,* sería posible encontrar en las obras cómicas del autor pasajes y figuras indicadoras de que no los había concebido un espíritu vulgar.

G72087

Pero así y todo, aun contando con esos antecedentes, el nuevo aspecto con que el Sr. Muñoz Seca aparecía ayer ante el público había de sorprender: no se trata, en efecto, de un autor consagrado en un género que emprende un nuevo camino titubeando, sino de un dramaturgo muy consciente y dueño de sus medios de acción, con pleno dominio de los elementos expresivos dramáticos y dispuesto a conquistar con ellos un puesto muy de vanguardia entre los escritores de comedias.

El mismo asunto elegido por el Sr. Muñoz Seca para su obra, lleno de dificultades de ejecución, revela un propósito firme de dar una amplia medida de las propias fuerzas, y el éxito obtenido por la comedia, sin ser, ni mucho menos, un éxito clamoroso y perdurable como el *El rayo*—y no es traer a colación una comedia para compararla con otra—, basta para demostrar que esas fuerzas son suficientes para vencer en luchas muy arduas.

Porque claro está el pensamiento capital de la comedia, la inmensidad del amor materno, parece de aquellos que se imponen por sí mismos: es un axioma, y por serlo no necesita demostración; pero el Sr. Muñoz Seca lo plantea de tal modo que no faltará quien lo acuse de inverosimilitud, y esto no seguramente por error en el modo de establecer el problema, sino por haber aplicado valientemente la fórmula general a un caso concreto muy extremo, precisamente para hacer más completa la demostración.

Hay una frase en el acto segundo de la comedia, en la escena en que la protagonista, Luisa, decide el sacrificio, en que está admirablemente resumida la obra entera, el pensamiento del autor íntegro; es algo así como la aceptación del martirio por una fe, y los mártires no lo serían si rechazasen por demasiado cruenta una especie de tortura. No hay, pues, inverosimilitud en los extremos a que Luisa llega: todo es lógico, perfectamente lógico, por duro que parezca, desde el momento en que es el amor divino el que lo realiza, y para Luisa es amor divino el amor a su hijo, porque su hijo es su dios.

Lo que hay evidentemente por parte del espíritu humano, a lo menos cuando ese espíritu es el del espectador en un teatro, es una repugnancia a llevar al último extremo las consecuencias de las verdades más generalmente admitidas, y esa repugnancia puede dar caracteres de inverosimilitud a los actos heroicos, sobre todo cuando quien los contempla

en el teatro, naturalmente, no siente en sí mismo el fuego necesario para realizarlos.

¡Qué no haría una madre por su hijo! Es una expresión que borra toda inverosimilitud en este punto; no hay imposible que no juzguemos hacedero cuando de un hijo se trata, y, sin embargo, el sacrificio de Luisa en *El último pecado* pudo parecérselo ayer a algunos espectadores, si hemos de juzgar por su actitud durante los dos últimos actos de la comedia.

Y es que del amor maternal, como de tantas otras cosas, solemos hablar generalizando demasiado: todas las madres aman a sus hijos. ¿Quién negará este axioma, ni aun ante los casos de evidente desamor, que son excepciones confirmatorias de la regla?

Pero en ese amor hay grados y matices, y hacemos mal en tomar el género por la especie; el amor de Luisa a su hijo es algo más que el amor materno simplemente, porque es ese amor mismo duplicado por una doble maternidad: la que creó al hijo y la que después, en una lucha constante, cruel, que hemos de creer hórrida para un espíritu elevado, como el que en Luisa nos pinta el Sr. Muñoz Seca, sostuvo aquella criatura y la llevó a un grado supremo de expansión material y moral; es algo así como una maternidad continuada y perdurable en un acto de permanente dolor; la sentencia bíblica, dictada para un instante, convertida en pena perpetua; el dolor del parto continuado toda una vida, que no ha de cesar siquiera cuando el hijo nace, por su anhelada boda, a la luz de la felicidad.

Toda la vida de Luisa, desde que enviudó, a los dieciocho años, quedando en el mundo con un hijo y sin pan, no ha sido otra cosa que un dolor continuado, un luchar incesante por un hijo, y dejándolo todo en las zarzas del camino, como nos diría el Sr. Linares Rivas.

Cuando la comedia empieza y Luis, el hijo de la pecadora, que ignora el pecado, está a punto de casarse con la hija de los marqueses de Hegido, estamos en el término de un armisticio en ese rudo combatir, comienza un nuevo episodio de la lucha, que es la comedia misma: los marqueses, que ya cedieron en sus prejuicios, ante el pasado que evoca, inoportuno o mal intencionado, el retrato de Luisa en sus tiempos de tiple triunfadora, publicado por un periódico, vuelven a sentir los resquemores de «la raza», y no queriendo que caigan sobre el hijo los pecados de la madre, aceptan a Luis

por yerno; pero a condición de que entre ellos y Luisa, más aún, de que entre ésta y su hijo haya una separación absoluta.

¿Cómo derrumbar el obstáculo que así se alza ante la felicidad del hijo adorado? ¿Cómo vencer en aquel nuevo trance de la lucha? El amor firmísimo del hijo dificulta, hace imposible una solución en que la resignación de la madre lo ponga todo: la muerte misma, llamada a destiempo, en un sacrificio de la propia vida a la ajena felicidad, crearía un obstáculo perdurable con el recuerdo... no queda sino buscar el odio, el desamor al menos del hijo adorado, y para ello, puestas las premisas de la bondad y el amor filial de Luis, sin las cuales no habría conflicto, las consecuencias han de ser terribles, han de tener toda la dureza cruel, casi agresiva para espíritus poco templados en la lucha, conque aparecen en el acto tercero.

Luisa, en efecto, resuelve su propio martirio: fingirá maldad para que su hijo la huya, y esa resolución, fríamente adoptada en el acto segundo, nos dará en el tercero aquel hogar deshecho, aquellas desventuras acumuladas, como único camino para llegar a una felicidad, que tienen remate en la escena de la juerga en casa de Luisa, hórrida para el hijo, que pierde con la fe en su madre lo mejor de su vida, pero necesaria con toda su violencia

Aun con prueba tan dura, el Sr. Muñoz Seca no logra por completo, y esto porque no hay modo de divinizar lo humano cuando las comedias tienen calor de humanidad, que frente al sacrificio heroico de la madre no aparezca el egoísmo de los hijos. Aun así, Luis tarda quizá demasiado poco en buscar en la familia de los marqueses, en el amor a María, vida que sustituya a la que el sacrificio por él desconocido truncó, y María misma, que en el acto primero se nos muestra tan ingenua, tan bellamente amante de la madre de su novio, quizá no inquiere lo bastante acerca de las causas de aquel cambio, y cuando la noble mujer llega, en el instante mismo en que la boda para que tanto dió acaba de celebrarse, a declararle, a ella sola, a *su hija*, lo que aquella felicidad ha costado, da demasiada importancia a un juramento prestado sin conciencia de todo su alcance, y que ha de engendrar una perdurable injusticia.

Pero la vida es así, y el Sr. Muñoz Seca ha hecho bien en mostrárnosla como es. Facilísimo le hubiese sido construir una escena más—que seguramente hubiese redondeado el

éxito de su comedia—, en que Luis y los marqueses mismos hubiesen conocido el sacrificio y se hubiesen rendido a él en una reconciliación muy «fin de comedia burguesa»; pero desgraciadamente, la realidad no es un autor de comedias y tiene para sus conflictos desenlaces infinitamente más crueles que los gratos a las gentes apacibles en las funciones teatrales.

En su asunto y en su forma interna la nueva comedia del Sr. Muñoz Seca es a mi juicio un acierto muy grande, que coloca al simpático autor muy a la cabeza de la primera línea entre los actuales dramaturgos castellanos, y en cuanto a la técnica, sirve para demostrar a los que se indignaban airadamente ante *Trampa y cartón*, ante *La frescura de Lafuente* y ante *El rayo* mismo, que aquella labor no fué perdida y que burla burlando el Sr. Muñoz Seca iba adquiriendo la habilidad manual—valga la frase—necesaria para escribir comedias excelentes.

Una sola figura, la de Almansa, bastaría para acreditar al Sr. Muñoz Seca de autor capaz de *crear*, y los elementos del molde en que se forjó esa figura, que saca su gracia de la contradicción, están en las obras anteriores del autor de *El último pecado*.

Esa figura, sin embargo, vale infinitamente menos que aquella escena admirable del primer acto, entre María y Luisa, de tan honda riqueza emotiva, tan admirablemente sentida y tan hermosamente hallada por el autor. Yo estoy seguro de que el mismo Benavente no vacilaría en parangonar esa escena con las mejores suyas, y el Sr. Muñoz Seca haría mal en admitir otras comparaciones.

He citado una figura y una escena como ejemplos, y como ejemplos culminantes, claro está, porque no hay espacio para analizar aquí minuciosamente, como sería justo, la comedia. Aciertos semejantes hay muchos en la obra, y, en suma y resumiendo, el Sr. Muñoz Seca ha acertado esta vez completa y definitivamente y se ha elevado de una vez a la mayor altura en la producción dramática... aunque no borre del diálogo, tan inmensamente superior a ellos, los seis u ocho chistes al modo antiguo conque ha querido sin duda ser grato a los que sólo lo quieren tal como fué.

La interpretación conque ayer fué avalorada la comedia del Sr. Muñoz Seca, merecería para ella sola un largo artículo, todo él encomiástico: baste, ya que no hay espacio para otra cosa, con la intención, y el aplauso, muy esplícito, para María

Guerrero, admirabilísima; para la Srta. Ladrón de Guevara, digna compañera de su primera actriz en dos escenas culminantes; para los dos Fernandos; para Santiago, que pone siempre en primera línea los tipos que interpreta; para Anita Martos, para Mendoza y Guerrero (C), y, en suma, para todos los intérpretes, sin excepción.

ALEJANDRO MIQUIS

(Diario Universal.)

ACTO PRIMERO

Hall de un lujosísimo hotel de San Sebastián. En el lateral izquierda último término galería que sirve de entrada. En el primer término amplia puerta. En el lateral derecha columnas simulando que el hall se extiende y amplía por este lado. En el foro terraza desde donde se divisa el Monte Igueldo y la Isla de Santa Clara. Es un día del mes de Agosto, a las siete y media de la tarde. Las luces del hall están encendidas. Epoca actual.

(Al levantarse el telón están en escena PALACIOS, MEDINA, PACHECO y GONZALEZ. Palacios, administrador del hotel, parece francés a primera vista, pero es andaluz. Gasta unos bigotes morrocotudos y viste de chaquet Medina y González son camareros y Pacheco portero del hotel.

Pal. (Riñendo a los demás con gran energía.) Y lo digo muy en serio, ¿estamos? Como vuelva a quejarse otro huésped, reuno a la servidumbre, y a éste una torta, y al otro dos patás, los pongo a todos en la mismísima *rue*.

Med. Crea usted, señor Palacios...

Pal. Estoy ya harto de quejas y de reclamaciones. «Musiú Palé, que esto está mal», «Musiú Palé, que aquello está peor...» ¡Pero señores!...

Pach. Yo le aseguro a usted, señor Palacios...

Pal. Nada, hombre; que estoy convencido: los españoles no sirven para servir. No tienen ustedes finura, ni exquisiteces, ni *chique*. Antes de la guerra había aquí cada camarero que quitaba la cabeza. Aquellos eran modales y *savuar fer*.

Vic. (Camarera, por la derecha.) Musiú Palé, ¿me hace usted el favor?

Pal. ¿Qué pasa?

Vic. El señor Ministro de Bolivia, que desea hacerle una pregunta.

Pal. Que espere.

Vic. También quiere hablarle ese torero que llegó esta mañana.

Pal. ¡Ah! Santiago San, el Capicúa; voy corriendo. (Mutis con Vicenta por la derecha.)

Pach. (Irónico.) ¡Malhaya sea un tiro! ¡Mosiú Palé, y es de Lebrija!

Gonz. ¡Nos ha fastidiao!

Pach. ¡Mosiú Palé, y no ha estao en Francia ni soñando!

Gonz. Bueno, ¿y por qué nos ha reñido? ¿Puede saberse?

Med. Por una bobada, hombre. Porque esta mañana llamó ese señor suizo del veintisiete y me pidió el desayuno en francés, y como yo no camelo más lengua que la mía, pues no entendí lo que me pidió y fuí y le subí un chocolate, porque es lo que yo me dije: a un suizo lo que le pega es un chocolate, y luego resultó que el tío había pedido una tortilla a la francesa.

Pach. ¿Y por eso nos ha regañado? Pero, hombre, si él sabe menos francés que tú. Si ayer tarde le preguntó el Embajador de Suecia: ¿Cómo está hoy el día, musiú Palé? Y él, pa decirle que hacía mucha calor, rompió a sudá y sudó el quilo. Si es un cualquiera, hombre. Ese estaba aquí de escribiente; pero cuando se fué el personal francés por causa de la guerra, el dueño del hotel lo puso de administrador. Claro, él, que es un vivo, se compró ese chaquet, que es prenda que afrancesa una barbaridad, se tradujo al francés el nombre y los apellidos, y a vivir.

Med. Como que él se llama Casimiro Palacios, ¿no?

Pach. Casimiro Palacios y Oláiz; pero ahora se denomina musiú Presque-regarde Palé y Olé.

Med. Bueno, no tiene él la culpa, sino el dueño, que es tonto.

Pach. Y tan tonto. ¿No me rogó a mí que me tra

dujese también los apellidos, porque decía que no pegaba que en el mejor hotel de San Sebastián hubiera un portero español? Pero se quedó con las ganas, porque ¿a ver quién es el guapo que pone Pacheco en francés? Y de mi segundo apellido no hay ni que hablar.

Gonz. ¿Cómo es?

Pach. Ladrón.

Med. ¡Atiza!

Pach. Excuso decirte; porque que le llamen a uno ladrón, ya es feo; pero que le llamen a uno mosiú l'apache... ¡Vamos, quita!

Med. Lo que es yo me parece que voy a estar en esta casa muy poquito tiempo. Es aquí el público muy exigente.

Pach. ¿No han de exigir, si al que menos le cobran cien pesetas diarias? Al único que le llevan veinte pesetas es al señor Almansa, y eso porque fué el primero que pidió hospedaje en el hotel cuando se inauguró hace diez años.

Gonz. Ese sí que es un caballero. Come a su hora, cena a su hora, no da nada que hacer y lo trata a uno como un amigo.

Pach. En cambio, estos que vienen aquí...

Med. Así los parta un rayo. (Se va por la izquierda.)

Gonz. Que Dios te oiga. (Se va por la derecha.)

Pach. Amén. (Mutis por el foro izquierda. Por la derecha entran en escena MARTA y BERNABÉ, Marqueses del Egido, un matrimonio muy estirado, él de sesenta años y ella de cincuenta cumpliditos.)

Marta Es raro, no hay nadie en el hall.

Ber. Es que hay concierto clásico en el Casino, Marta.

Marta Es verdad, y lo celebro; gracias al concierto nuestro encuentro con esa... señora carecerá de testigos.

Ber. Por cierto que tenemos que pasar por alguna joyería; porque si la petición de mano de nuestra hija ha de ser el lunes, es necesario estar prevenidos.

Marta Es verdad. (Suspira.) ¡Ay!

Ber. No hay más remedio. Con harto dolor te lo digo; pero no hay más remedio, Marta.

Marta Si estoy conforme, Bernabé. Ya escuchaste lo que nos dijo el Padre Flores: Luis es bueno, tiene talento y fortuna, y puesto

que nuestra hija le quiere, no debemos oponernos a su felicidad. No tiene el la culpa de lo que sea o haya sido su madre... Pero déjame protestar contra nuestra mala suerte...

Ber. Yo soy el primero en lamentarla.

Marta ¡Tener una hija y casarla con un cualquiera!...

Ber. Es verdad.

Marta En fin, acatemos la voluntad de Dios.

Ber. Acatemos su santa voluntad. ¿Vamos?

Marta Vamos.

(Inician el mutis y se cruzan con CONCHITA DIAZ, que entra en escena por la izquierda último término. Esta Conchita Díaz es una mujer como de treinta años, muy elegante y un tanto provocativa.)

Ber. (A Marta, por Conchita.) ¿La conoces?

Marta No. Y viste bien.

Ber. Sí; el sombrero es bonito.

Marta Muy bonito. Creo haber visto ese modelo en Biarritz...

(Se van por la izquierda último término.)

Con. (A MEDINA, que entra por la izquierda primera puerta.) Sírvame un cocktail. (Se sienta ante una mesita.)

Med. En seguida.

Con. Oiga. Esos señores que acaban de salir son los marqueses del Egido, ¿no?

Med. Sí, señora.

Con. Gracias. (Vase Medina. Conchita consulta su reloj.) He venido demasiado pronto, por lo visto. (Mirando hacia la derecha.) ¡Hombre! ¡Sandoval!

San. (Por la derecha.) ¡Oh! ¡Conchita Díaz!...

Con. ¿Qué tal, amigo mío? (Saludos.) Ya sabía que estaba usted aquí.

San. ¿Sí? (Sentándose junto a ella.) ¿Por quién?

Con. Por la Robles.

San. ¡Ah! Por Luisa...

Con. He almorzado con ella esta mañana en su villa. Por cierto que me ha informado de cuanto ocurre. Ya sé que Luis se casa con la hija de esos Marqueses. ¡Es una gran boda! Y sé que usted, amigo de ambas familias, lo tiene todo preparado para que esta tarde se encuentren casualmente en este hall los Marqueses y Luisa. Por eso estoy yo aquí; esa escena no quiero perdérmela. (Ríe.)

San. Usted se ríe; ¡pero si viera usted qué poca gracia me hace a mí todo esto!

Con. ¿Por qué?

San. Porque no acabo de ver claro en este asunto. Yo estimo mucho a Luisa y a su hijo, tengo un gran afecto a los Marqueses y temo que esta boda, que para todos sería conveniente, no llegue a realizarse.

Con. ¿En qué funda usted su pesimismo?

San. En muchas razones. Son los marqueses demasiado esclavos de ciertas preocupaciones sociales, y demasiado grande el cariño de los muchachos y demasiado conocida la historia galante de Luisa...

(Medina sirve el cocktail a Conchita y hace mutis.)

Con. ¡Bah! La conducta de Luisa es harto disculpable. Una mujer que enviuda a los diez y ocho años y queda en el mundo sola con un hijo de pocos meses... ¿qué iba a hacer? En España dispone la mujer de muy pocos medios para ganarse la vida. Ella tenía voz, tenía condiciones, y se dedicó al teatro; hizo muy bien. Claro que ya en el teatro, y dispuesta a lograr una fortuna para su hijo, no fué su vida un espejo de virtudes, pero tampoco fué nunca una mujer escandalosa. Y sobre todo, ¿quién se acuerda ya de eso? Hace quince años que Luisa se retiró de la escena, y aunque continúa tan hermosa y tan codiciada como entonces, nadie tiene motivos para decir de ella ni una sola palabra.

San. Eso es cierto. Desde hace quince años vive exclusivamente para su hijo. No es posible hallar otra madre ni más cariñosa ni más ejemplar.

Con. Así la adora Luis. Porque es adoración lo que siente por ella. Y oiga usted: ¿sabe el muchacho que su madre...?

San. Sabe que su madre, excelente tiple cómica, ganó una fortuna con su arte; sabe que desde hace quince años no se separa de él ni un instante; sabe lo que todos los hijos saben de sus madres: que es una santa. Y lo es en efecto.

Con. Veo que la estima usted con el entusiasmo de siempre.

San. En mis afectos soy inalterable, Conchita.

Con. Buena prueba le ha dado usted ahora de ello. Escuche usted, ¿y cómo va a realizarse el encuentro? Me interesa.

San. Con arreglo a un sencillísimo protocolo. En este hall, sitio verdaderamente neutral, coincidirán a una misma hora Luisa y los Marqueses; yo, que estaré aquí casualmente, haré la presentación; los Marqueses tendrán la ocurrencia de decir a Luisa que se quede a comer con ellos; Luisa aceptará reconocidísima y afectando cierta sorpresa, y el lunes hará la visita de agradecimiento y pedirá al mismo tiempo la mano de la chica; se hará la boda en Octubre y no quedará entre los consuegros otro lazo que la aparente y necesaria armonía.

Con. ¿Y consiente ella semejante cosa?

San. Lo hace por su hijo, Conchita. Mucho más sacrificio supone para los Marqueses el acceder a esta boda plebeya, y sin embargo, por amor a su hija acceden también.

Con. He oído decir que la chica es muy mona y que vale mucho.

San. Es una muchacha ideal.

Con. Ellos viven aquí, ¿no?

San. Sí, aquí.

Con. Me han hablado muy bien de este hotel.

San. ¡Cómo! ¿Pero no le conoce usted? Pues es muy hermoso. Voy a tener el gusto de enseñárselo.

Con. Se lo agradeceré, porque soy curiosísima.

San. Pues a sus órdenes. (Se levanta.)

Con. ¿Hay en él mucha gente conocida?

San. Mucha. El Ministro de jornada, los Embajadores, algunos extranjeros, Pepito Gómez, los Duques de Albarroca, Almansa...

Con. ¿Está aquí Almansa? No sabe usted la gracia que me hace. No se concibe que haya hombre tan ordenado, tan metódico; todos los días hace exactamente lo mismo: es cronométrico.

San. Pero una gran persona. Es de los pocos hombres de quien se puede uno fiar plenamente.

Con. ¿Por aquí?

San. Sí; iremos por aquí y daremos la vuelta. (Mutis por la primera puerta de la izquierda.)

Pal. (Por la derecha, riñendo a alguien que se supone den-

tro.) Finura, señor, finura y *savuar fer*. ¿No me ve usted a mí, que hago cada reverencia que me desvertebro?... ¡Pues hombre, estaría bueno!...

Pach. (Por la izquierda con ROMERITO.) Haga el favor de aguardar; voy a ver si está en su cuarto.

Pal. (Haciendo a Romerito una reverencia marcadísima.) ¿Por quién pregunta este caballero?

Pach. Por el señor Almansa.

Pal. Sí, está en su cuarto y debe sentirse algo enfermo, porque no ha bajado al comedor, cosa inusitadísima, porque él es un puntualista *an ranye*. (A Pacheco.) Avísele. (Vase Pacheco por la derecha.) Acomódese, caballero.

Rom. (Sentándose.) Gracias.)

Pal. No tardarán en volver con la contestación, porque el señor Almansa ocupa una habitación del piso entresuelo. Aquí le tratamos muy bien; más que un huésped es un amigo de la *meson*. ¡Oh! Es un hombre admirable, persona educadísima, caballero intachable, pagador excelente; lo que se dice *in mosque blanque*.

Pach. (Por donde se fué.) Que aguarde usted, que ya baja.

Pal. Ha querido decir que tenga usted la amabilidad de esperar, que ya desciende. Disimúlelo. Es un *portier* bastante basto.

Pach. (Quemado.) Oiga usted, que yo...

Pal. (Muy enérgico, indicándole la puerta.) *¡Longue!*

Pach. (Haciendo mutis de mala gana.) A este tío le pateo yo el chaquet, como dos y dos son *catre*. (Vase.)

Pal. (Mirando hacia la derecha.) *Vualá* el señor Almansa. ¿Caballero?... (Se troncha de una reverencia y hace mutis por la izquierda.)

Alm. (Por la derecha.) ¡Querido Romerito!

Rom. ¡Amigo Almansa! (Se abrazan. Almansa es un señor como de cuarenta años. Romerito de veinte a lo sumo. Ambos muy elegantes.) ¿Pero qué es eso? ¿está usted malo? Lo encuentro un poco desencajado, algo febril...

Alm. No estoy bueno, no. Pero siéntese; sepamos a qué debo el honor de esta visita, que yo califico de providencial.

Rom. ¿Providencial?

Alm. Hace diez minutos pensaba yo atribuladísi-

mo: ¡si estuviera aquí Romeritol... Y ya ve usted.

Rom. ¿Le ocurre algo, querido Almansa?

Alm. Ya, ya le contaré; pero veamos antes en qué puedo servirle.

Rom. Amigo Almansa, vengo a pedir a usted el más grande de los favores.

Alm. Celebraré poder complacerle porque yo también tengo que pedir a usted un favor inmenso.

Rom. Diga usted.

Alm. No; usted primero.

Rom. Sea: Le abriré a usted mi pecho. Yo llegué a San Sebastián hace tres días para pasar aquí una temporada de... bueno, de mil quinientas pesetas.

Alm. Comprendido.

Rom. Usted sabe que yo pretendo a Faquita Perelegui, una de las hijas del Ministro de Estado.

Alm. Sí.

Rom. Pues bien, antes de ayer acompañé a las chicas al Casino, entramos en la sala de juego donde estaban citadas con su padre y como éste no había llegado aún, comencé a picar por distraerlas, y cinco duros primero, veinte después, cien más tarde, quedaron sobre el azulado tapete las mil quinientas que poseía.

Alm. (Aterrado.) ¡Dios mío!

Rom. Salí del Casino dispuesto a pedir a alguien doscientas pesetas para pagar el hotel y regresar a Madrid y recordando que mi primo Emilio estaba en Zarauz tuve la endiablada ocurrencia de alquilar un auto.

Alm. ¿Y le ha ocurrido alguna desgracia?

Rom. La mayor de todas.

Alm. ¡Un vuelco!

Rom. ¡Ojalá!

Alm. ¿Eh?

Rom. Que alquilé el taxi antes de ayer a las cinco de la tarde y todavía lo tengo alquilado, porque como no puedo pagarle al chauffer...

Alm. ¡Atiza!

Rom. Fuí a Zarauz y mi primo se había trasladado a Biarritz; me planté en Biarritz y a mi primo se le había tragado la tierra. Regresé a San Sebastián muy entrada la noche y

¡qué remedio! dije al chauffer: váyase a dormir y recójame mañana a las ocho. He estado ayer en Cestona buscando infructuosamente a mi tío Carmelo. Fuí luego a Fuenterrabía porque me dijeron que estaba allí veraneando Pepito Rendueles. Anoche estuve en Deva y ahora vengo de Bilbao, ¡de Bilbao! Sume usted los kilómetros; debo al chauffer más de dos mil pesetas.

Alm ¡Jesús!

Rom. Por Dios, amigo Almansa: sálveme usted. Présteme usted dos mil quinientas pesetas y le viviré eternamente agradecido.

Alm. (Desencajado, trémulo.) ¡Romerito!

Rom. No me diga usted que no.

Alm. Romerito: me ha matado usted. Cuando me dijeron que estaba usted aquí vi el cielo abierto. Ahora, al escucharle, una nube galernosa ha ennegrecido mi horizonte.

Rom. No le entiendo, amigo Almansa.

Alm. Romerito, escúpame usted al rostro.

Rom. ¿Eh?

Alm. Soy el ser más execrable de la creación. Puede despreciarme... una oruga. Yo; el hombre intachable, el hombre metódico; el modelo de caballeros honorables e íntegros, estoy en las mismas circunstancias que usted. Anoche por vez primera he jugado y he perdido también cuanto poseía. Debo en el hotel ciento cincuenta pesetas, más un pantalón de franela que han abonado por mí en el comptoir y el lunes día de pago, porque aquí pagamos por semanas, tendré que levantarme la consabida tapa, porque yo, querido Romerito, ni sé deber ni sé pedir y antes que confesar esta mancha que locamente vertí sobre mi ex-honradez inmaculada, prefiero la muerte.

Rom. Hombre, no sea usted niño, amigo Almansa. Con el crédito que usted tiene... usted le pide a cualquiera persona quinientas pesetas y se las da en el acto.

Alm. Pero, ¿cómo se piden, Romerito? Yo no sé.

Rom. ¡Bah! Un apuro de momento... Unos fondos que se esperan y no llegan... Una carta de crédito que se extravía... No sea usted infeliz, hombre de Dios. ¡Caramba! ¿Usted sabe si están en Bayona los Condes de Macías?

Alm. Creo que sí.

Rom. (Consultando su reloj.) A las diez estoy en Bayona. Si esta me falla, mañana saldré en el taxi para Madrid y allí que se entienda mi señor padre con el chauffer. Querido Almansa, siento su disgusto tanto como el mío. Animos: lo de usted es una bicoca: pida a cualquier amigo.

Alm. Escribiré mejor, porque de palabra no podría: carezco de locuacidad, amigo Romerito: no tengo prosodia.

Rom. Pues la prosodia hace mucha falta en la vida, querido Almansa.

Alm. Lo sé. ¡Ay, si yo me viera con prosodia!

Rom. ¡Y yo sin taxi! (Mutis por el foro izquierda.) Adiós.

Alm. ¿A quién le escribiría yo pidiéndole?... Hombre, sí; a Pepe Sandoval. (Mutis por la izquierda primer término.)

(Por la derecha entran en escena CONCHITA y SANDOVAL.)

Con. No me habían engañado: es un hotel verdaderamente lujoso y confortable.

San. De servidumbre es de lo que anda bastante mal. (Viendo a LUIS que entra en escena por el foro izquierda.) ¡Ah! ¡Luisito!... (Este Luis es un muchacho como de veinticinco años, elegante, simpático, despejadísimo.)

Luis ¡Querido Sandoval!... (Saludos.) A Conchita acabo de verla en casa hace unos instantes.

San. ¿Y cómo tan temprano por aquí? ¿Son ya las ocho?

Luis No: he venido un poco antes, porque quería hablar un instante con usted; quería consultarle si esto es una casualidad o una infamia. (Le enseña un periódico ilustrado.)

Con. ¿Qué es?

Luis Un retrato de mi madre, de cuando ella era artista; pero no es lo descocado del retrato lo que ha llegado a sublevarme, sino el epígrafe: lea usted, amigo Sandoval.

San. (Leyendo.) «La célebre ex-tiple cómica, Luisa Robles, madre del distinguido ingeniero don Luis Espinosa y Robles, de quien tanto se habla estos días con motivo de un concertado enlace aristocrático...» Tiene usted razón; más que una oficiosidad informativa, parece esto una infamia. Hay mucha gente mala

en el mundo, querido Luis; rompa usted ese periódico y castigue con el desprecio lo que no merece ser castigado de otro modo.

Luis (Rompiendo el periódico.) Tiene usted razón.

Con. ¡Hay tanto envidioso del bien ajeno!

Luis ¿Cree usted que este nuevo detalle contribuirá en el ánimo de los Marqueses?...

San. Sería muy de lamentar, pero todo lo espero de unos señores tan intransigentes.

Luis (Mirando hacia la derecha.) Un momento. Es María que viene hacia aquí. Ustedes me perdonen. (Se va por la derecha.)

Con. ¡Por Dios!

San. Estorbamos, Conchita. La terraza está más fresca que el hall. ¿Viene usted?

Con. Vamos. (Entran en escena por la derecha, LUIS y MARIA, elegantísima muchacha de diez y nueve años.) ¡Oh! Es muy mona en efecto... y muy elegante. ¡Ya lo creo que ha tenido buen gusto! (Mutis con Sandoval por el foro derecha.)

Luis ¿Conque, por fin, llegó el día?...

María Llegó, por fin, hombre sin fe.

Luis Riñeme: lo merezco.

María Vaya si lo mereces. Más de un año con la misma cantata. «Tú no serás nunca para mí.» «Nuestro amor es el más imposible de los amores...»

Luis ¿Tenía yo poca desgracia con creerlo así? Y es que hay venturas que parecen inverosímiles. Sucede con la felicidad lo que sucede con la desgracia; cuando es muy grande ¡muy grande! no acaba uno de convencerse de que es cierta.

María ¿Tan grande es esta para ti?

Luis ¿Y tú me lo preguntas? Tan grande que me parece un sueño.

María Pues verás como es la más agradable de las realidades. Lo creo firmísimamente. Tu madre y mis padres cumplirán esta tarde al pie de la letra el programa trazado y entablada entre ellos la aparente armonía que nosotros necesitamos para nuestros fines, ya verás como conseguimos que esa armonía aparente se convierta en la más sincera amistad y entonces nuestra felicidad será completa. Y lo conseguiremos, Luis: tengo fe en ello. Pero precisa que olvidemos nosotros las causas que hasta ahora han

impedido esa amistad y por eso empiezo por pedirte benevolencia para con mis padres, que son muy buenos, tú lo sabes, pero que tienen ciertas intransigencias, ciertas rigideces, que debes perdonar.

Luis Los perdono con todo mi corazón: te lo juro.

María Pues si tú los perdonas a ellos, que al fin y al cabo se han opuesto hasta hoy a lo que juzgabas tu única ventura, ¿cómo quieres que yo tenga la menor prevención contra tu madre, que ha visto siempre con buenos ojos nuestro amor?

Luis Ella es diferente.

María No; es igual. Todos los padres se resisten a entregar a sus hijos. Créeme, Luis, yo siento hacia tu madre una gran simpatía... es decir no: simpatía es poco; siento cariño...

Luis Gracias; no sabes el bien que me haces. Dios te pague mil veces esa piedad.

María ¿Piedad?... ¿Pero te figuras que esto es piedad? No, Luis; esto es que yo sé, lo único que deseo saber; lo que me dice a gritos el corazón; que yo sé que tu madre es buena.

Luis Ahora sí que me haces feliz del todo, María de mi alma. Porque yo necesitaba eso, que tú creyeras en mi madre.

María Porque creo en ella aspiro a que desaparezcan del todo los... recelos que sienten hacia ella mis padres. Mientras los que nos dieron la vida estén en guerra no puede haber paz para nosotros. Nuestras existencias están ligadas a las suyas. Compréndelo y sufre con resignación cualquier sacrificio que el modo de ser de mis padres te imponga.

Luis Después de lo que acabas de decirme, lo sufriré todo por injusto que me parezca. Tú sabes que mi madre es buena; tú la quieres, ¿qué me importa de los demás? A eso se reduce toda mi aspiración, que tal vez sea demasiado ambiciosa.

María ¿Por qué?

Luis Porque ya ves que no me basta con uno; necesito dos ángeles custodios que velen por mí.

María Ya veo que no te basta con mi cariño.

Luis ¿Vas a tener celos?... (Amorosísimo.) ¡María!

María (Oyendo hablar dentro) Calla: mis padres.

(Por el foro izquierda entran en escena BERNABÉ y MARTA.)

Marta ¡Hola! ¿Tú aquí?

María He bajado hace un momento, creyendo que estaban ustedes en el hall.

Ber. ¿Qué tal, Espinosa?

Luis Muy bien, Marqués. (Le da la mano.) A sus piés, señora. (Saluda a Marta.)

Marta (Sentándose.) ¡Qué pueblo éste, hija mía! Es una especie de casa de vecindad donde todo se sabe y todo se comenta. ¿Quiéres creer que no hemos hecho más que dar una vuelta por esas calles y cuantas personas hemos visto nos han dado ya la enhorabuena por tu boda?

María Es natural: ahora está aquí Madrid entero.

Ber. ¿Pero cómo se ha sabido tan pronto?

Marta ¡Y si no fuera más que la noticia!... Pero es que conocen todos los pormenores. Pepita Ríos que nos ha parado en la esquina del bulevar, ya sabe que esta tarde nos será presentada esa... señora, que tenemos pensado invitarla a comer para que se haga público que estamos en buenas relaciones con ella, y en fin, que tu mano nos será pedida el lunes...

María Antes o después tenía que saberse...

Ber. Es verdad, pero es molesto que se divulguen ciertas intimidades. Cuando se hace un sacrificio...

Marta Y un sacrificio como el que nosotros hacemos por tu felicidad...

María Mira, mamá, cuanto mayor sea el sacrificio, menos debe hablarse de él. Así se agradece más.

Marta Pero si yo no hablo nunca de eso, sobre todo desde que el padre Flores me aconsejó que no me opusiera a tu inclinación, puesto que Luis es digno de ti. (Luis se inclina muy serio.) Ya sabe Espinosa que si nos hemos opuesto a vuestra boda no ha sido porque no le apreciáramos en lo mucho que vale, sino por otras causas...

Luis Para mí, mil veces más dolorosas que si se relacionaran conmigo mismo.

Ber. Pero en las que no tiene usted la menor responsabilidad.

Marta Claro; no es justo que pague usted culpas ajenas.

Luis ¡Marquesa! (Enérgico.)

María ¡Mamá! (Pausa.)

Luis (Secamente.) Tiene razón María. Yo comprendo el sacrificio que ustedes hacen, y para que pueda agradecérselo mejor sería conveniente que no volviésemos a hablar de él.

Ber. (Con altivez.) ¿Es una imposición?

María (Suplicante.) ¡Luis!...

Luis Es... un ruego. Perdonen mi altivez, pero al oir la palabra culpa cuando se hacía alusión a mi madre, despertó mi soberbia. Vuelvo a suplicarles que me perdonen. Yo seré siempre humilde con ustedes en todo menos en eso. ¡Pobre de quien no pueda ser altivo cuando se trate de su madre!

María Bueno, dejemos ya esta discusión y hablemos de algo más agradable.

Ber. Dices bien.

Marta Mira, cosas de los hoteles. (Por una carta que saca del bolso.) Al pasar por el *comptoir* me han dado esta carta que debe llevar aquí más de tres días. He de quejarme a musiú Palé.

María ¿De quién es?

Marta De la Marquesa de Navalgrande.

María ¡Oh!

Marta Está en Biarritz con sus dos hijas y me anuncia que una de estas tardes vendrá al concierto del Casino y se quedará a comer con nosotros.

María No suele prodigar ella esas distinciones.

Ber. A nosotros nos ha considerado siempre como de la familia. (A Luis.) Es la primera casa española.

Marta (A María.) Algo hay para ti en la carta.

María ¿A ver?

Marta (Leyendo.) «Ha llegado hasta aquí una noticia que nos ha satisfecho de un modo extraordinario. Dicen que se casa tu hija. Celebraremos que sea verdad y esperamos que el novio sea digno de ella.» (Dobla la carta.)

Luis Digno de ella, por el cariño nada más.

María ¡Luis!

Marta Vaya, llegó el derretimiento.

Ber. Habrá que darse prisa a casarlos.

Marta (A María.) ¿Subes?

María Sí.

Marta Hasta luego, Espinosa.

Ber. Hasta después.

(Se van por la derecha.)

Luis Hasta luego.

María (Aparte a Luis.) Quisiera hablar con tu madre antes de la presentación oficial. Diré a madame que baje y me avisas con ella. Hasta luego.

Luis Adiós.

(Mutis por la derecha.)

Alm. (Por la primera puerta de la izquierda con un sobre en la mano.) (¡Caramba, Espinosa! Este podría... ¡Si yo me atreviera a pedirle!... ¿Por qué no?) ¡Amigo Espinosa!...

Luis Hola, señor Almansa.

Alm. Hombre, celebro muchísimo encontrarle porque tengo que pedirle un gran favor.

Luis Si es cosa que depende mí. .

Alm. Sí, señor.

Luis Pues concedido.

Alm. ¿Eh?

Luis A una persona que como usted no molesta jamás y es el prototipo del hombre virtuoso y honorable...

Alm. ¡Por Dios!

Luis Sí, señor; goza usted de todas mis simpatías. Es usted uno de los pocos amigos que no me han hablado nunca de negocios ni me han pedido nunca dinero.

Alm. (Riendo con la risa del conejo.) ¡Ja, ja, ja, ja! Sí, ¿eh? ¡Caramba!

Luis Usted dirá, amigo mío, en qué puedo servirle.

Alm. (Titubeando.) Pues en... que... yo deseaba que... Vaya que me dijese usted dónde podría yo ver a Sandoval.

Luis Hombre de Dios, yo creí que se trataba de alguna otra cosa. Sandoval está aquí, ahora mismo va usted a verle.

Alm. (Guardando la carta rápidamente.) ¡Ah! ¿Está aquí? ¡Caramba!

Luis Aguarde usted. (Asomándose a la terraza y llamando.) ¡Sandoval!

Alm. (Atribulado.) (No es posible. A un hombre que me cree honorable y virtuoso cómo voy a confesarle...)

San. (Con CONCHITA, por el foro derecha.) Qué, ¿terminó el palique?

Luis Oiga usted, el señor Almansa que desea verle.

San. ¡Caramba!

Con. (A Almansa.) ¡Amigo mío!

Alm. ¡Oh! Señora...

(Saludos.)

San. (Por Almansa.) La única persona a quien yo envidio en esta vida. Todo el mundo le quiere y le respeta y le agasaja; no molesta nunca y es rico sin serlo, porque tiene la rara virtud de ajustar sus gastos a sus ingresos, es usted «in mosque blanque», como dice monsieur Palé.

Alm. No tanto, hombre, no tanto.

San. ¡Ay, si todos fuéramos como usted! (Llevándole aparte.) Usted dirá en qué puedo servirle, amigo mío.

(Por la derecha entra en escena MADAME BERGERE, una francesa como de cuarenta años, más fea que un tiro. Trae un libro de cuentos y un Diccionario; se sienta y comienza a traducir.)

Alm. Pues... verá usted. Que... No sé como decírselo. Nada, que me parece que Romerito... ya sabe usted quién es.

San. Sí, hombre; ya lo creo.

Alm. Pues... creo que le busca a usted para pedirle algún dinero. El pobre ha jugado, ha perdido y...

San. Sí, la de todos los frescos. Juegan, pierden y luego que los salven los amigos. No, no. Allá cada cual. Que no acuda a mí porque no he de ayudarle.

Alm. Hombre, nadie está libre de una desgracia, querido Sandoval.

San. Las personas honradas, sí. ¿A que usted no se ha visto nunca en esa situación?

Alm. ¡Claro! Yo...

(Siguen hablando)

Con. (A Luis, por madame Bergere.) ¿Y cómo dice usted que se llama?

Luis Madame Bergere. Es un tipo notabilísimo. Habla muy mal el castellano y está siempre con el diccionario traduciéndolo todo. Ahora ha comprado un libro de cuentos baturros y está desesperada porque no encuentra en el Diccionario la mitad de los vocablos.

Med. (Por la derecha.) Ahí viene el Capicúa, señor Sandoval.

San. Bueno, hombre.

Gonz. (Por la derecha. A Medina.) ¿Han dicho que en la terraza?

Med. Sí, en la terraza.

Gonz. (A Luis.) Es el Capicúa que viene a sentarse a la terraza.

Luis ¡Caramba, qué honor!

Pal. (Por la derecha. A Medina y González.) Colocar la mesa cerca de la balaustrada, que lo vea la gente.

Med. Sí, señor.

(Ponen una mesa y unas sillas en la terraza)

Pal. Aquí está ya. Per icá... per icá.

(Por la derecha entran en escena el CAPICUA, un torero con cara de idiota, y PEREZ y GOMEZ, dos señoritos gorrones quitapelusas.)

Pérez Lo que hiciste tú con aquel urcola en Puertollano.

Gómez O lo que hizo con aquellos viuda de Concha-Sierra en Barcelona.

Pérez Que le echen a éste urcolas.

Gómez O que le echen viudas.

Pal. (Indicándoles la mesa de la terraza.) Aquí, señores.

Pérez Y si no que le echen pablos-romeros.

Med. (A Capicúa.) ¿Desea tomar algo?

Cap. Que me echen café.

Pal. Le quiere con olé o sin olé.

Cap. Con grasia, saborío.

Berg. (A Medina.) ¿Commen s'apelle... ese toreador?

Med. (A Palacios.) Musiú Palé, a ver lo que desea esta señora. (Se va por la derecha y luego sirve lo pedido.)

Pal. (Acercándose a madame Bergere.) ¿Decía usted?

Berg. (Por Capicúa,) ¿Que commen s'apelle?...

Pal. Pues se pela así porque tiene que dejarse la coleta, señora. (Mutis por la derecha.)

Berg. Colita... colita...

(Por el foro izquierda entra en escena LUISA ROBLES, una elegantísima y simpatiquísima mujer, que, aunque tiene cuarenta años, sólo representa treinta y cinco. Viste con arreglo al último figurín.)

Con. ¡Oh!

San. (Saliendo a su encuentro.) ¡Luisa!

Alm. (Idem.) ¡Amiga mía!

(Saludos.)

Luisa Sentiría muchísimo haberme retrasado.

San. Al contrario; es temprano aún.

Luisa Más vale así.

Con. Ya supondrás que he venido a presenciar la escena, aunque sea desde lejos.

Luisa Desde muy lejos; donde yo no te vea, porque si te veo soy capaz de soltar el trapo y echarlo todo a rodar. ¡Ah! (A Luis.) Es necesario que te llegues en un salto a casa de Ruiz, para que veas si la pulsera de pedida está a tu gusto.

Luis Ahora mismo, puesto que tengo tiempo. Pero primero avisaré a María que desea saludarte antes de la presentación oficial. (Se acerca a madame Bergere.) Madame, dites a mademoiselle que ma mere est ici. (Bergere se inclina y hace mutis por la derecha.) Ea, ¿quién me acompaña a casa de Ruiz?

Con. Vamos. Donde haya algo que curiosear, yo la primera.

Alm. Vamos. (A ver si por el camino me atrevo..)

Luisa Yo me quedo aquí con Sandoval,

Luis Hasta ahora.

Con. Hasta luego.

(Hacen mutis por el foro izquierda, Conchita, Almansa y Luis.)

San. No sabe usted, Luisa, cuánto celebro que podamos charlar un rato sin testigos.

Luisa ¿Pero qué es esto? ¿Me hablas de usted cuando estamos solos? Yo creí que seguíamos siendo buenos amigos.

San. Siempre lo fuí tuyo; bien lo sabes.

Luisa Yo no sé sino que fuiste uno de mis adoradores de aquellos tiempos.

San. El más desdeñado de todos.

Luisa Precisamente, porque eras el que yo estimaba más. Te desdeñaba para poder ser siempre tu amiga. Un amante se conserva o se pierde, pero no se convierte en amigo jamás.

San. ¿Y estás segura de haber conseguido lo que te proponías?

Luisa Sí, querido Sandoval, estoy segura de tu afecto.

San. De mi afecto puedes estarlo, pero, ¿lo estás igualmente de su naturaleza? ¿Estás segura de que me inspiras hoy un sentimiento distinto al que entonces me inspirabas?

Luisa Oye, esto ¿es una declaración?

San. ¿Y si lo fuese?

Luisa (Riendo.) ¿Estás loco? ¿A mis años?

San. Mira, Luisa, tus cuarenta o cuarenta y uno...

Luisa Pon cuarenta y dos si no quieres equivocarte.

San. Bueno; pues tus cuarenta y dos podrían pasar por veinticinco de cualquiera otra mujer. Hay otoños que sobrepujan a las primaveras.

Luisa Siempre galante, siempre... Sandoval.

San. Tú lo has dicho; siempre Sandoval, o lo que es lo mismo, siempre el hombre que se ha propuesto tomar a su manera todas las cosas de la vida, incluso las del amor. Yo no lucho, no voy jamás contra la corriente: me dejo llevar por ella. Ahí tienes por qué no he intentado nunca forzarte a que me quieras. Las violencias me crispan. Me he limitado a decirte siempre que se ha presentado ocasión «aquí estoy» y a esperar tu respuesta, que hasta ahora no ha podido ser más desfavorable. ¿Qué pretendo con este amor que a ti te hace reir y que a mí tampoco me hace llorar? Todo y nada a la vez. Si tú me quisieras por amante, tu amante sería; si por marido, tu marido, y si ya me encuentras demasiado viejo y no me quieres para nada, me da igual... No por eso dejaré de buscarte, de admirarte, de seguir amándote a mi manera, esto es, sin exigir nada, sin luchas, sin violencias, siendo siempre el mismo, siempre Sandoval.

Luisa Escucha, ¿y para soltarme ese discurso romántico decías que celebrabas hablarme sin testigos?

San. No; era para darte un consejo.

Luisa ¿Cuál?

San. Recomendarte nuevamente, puesto que el momento ha llegado, que procures dominar tus nervios cuando hables con tus consuegros futuros.

Luisa ¿Te parece que la comedia viene poco ensayada todavía? Hasta las palabras que debo decir me las habéis repetido más de cien veces mi hijo y tú.

San. Sí, sí; la farsa viene bien ensayada, pero, a pesar de eso, no hay nada más fácil que un

tropezón, sin una gran prudencia de tu parte. Mira, Luisa, yo no debo ocultarte la verdad; tú debes comprender que no eres santo de la devoción de esos señores..

Luisa Lo comprendo y les pago en la misma moneda de antipatía. Adelante.

San. Entonces, nada tengo que añadir. Domínate si tienes interés en que se case tu hijo.

Luisa Pues si no tuviera interés, ¿estaría yo aquí sufriendo la humillación de esta visita?

San. Es verdad. Para ti tiene que ser desagradable.

Luisa Más de lo que te figuras; pero no creas que por mí, sino por él, por mi Luis. Yo seré lo que se quiera, no lo discuto, pero de mi hijo ¿quién tiene derecho a decir nada que no sea en su elogio? ¿Dónde hay un hombre más inteligente y más bueno? ¿Dónde un alma más generosa? ¿Dónde hay una criatura más perfecta? La mujer que se lo lleve, se lleva la felicidad. Por eso me rebelo contra lo que sucede; porque estos señores en vez de agradecer a Dios el bien que les da, lo pagan con una ingratitud cruel, vejando a Luis... sí, a Luis. El agravio hecho a su madre es como si se lo hicieran a él mismo. Quien trate de humillarme a mí, lo humilla a él ¡y él no no lo merece!

San. Ese es tu criterio y también el mío; pero no el del mundo donde él aspira a entrar.

Luisa ¿Y qué me importa a mí de ese mundo? Donde quiera que vaya, mi hijo debe ser recibido con los brazos abiertos. No hace bien soportando esta injusticia por un amorcillo que con facilidad hubiera encontrado sustitución en su alma.

San. En eso te equivocas, Luisa. El amor de tu hijo es un amor verdadero y si tuviese que renunciar a él, sería desgraciado toda su vida.

Luisa ¿Y cómo ha podido concebir semejante pasión por una muchacha vulgar?

San. También en eso te engañas. María no es una muchacha vulgar, sino una mujer que vale mucho y que adora a tu hijo.

Luisa A mi hijo no le adora nadie más que yo.

San. ¿Tienes celos?

Luisa Sí... No te lo oculto. Yo desearía que a Luis

no lo quisiera nadie, nadie... ¿Para qué quiere otro cariño, teniendo el mio? ¿Quién puede darle más de lo que yo le he dado? Casi era una niña cuando enviudé y me quedé sola en el mundo con él entre mis brazos... Tú lo sabes, como sabes que la niña se convirtió pronto en mujer—quizás en mala mujer, pero mujer al fin, y, sobre todo, en madre. Porque yo no fuí... a donde fuí, inconscientemente, cómplice del empujón de la miseria, ¡no!, fuí con plena conciencia de lo que hacía; fuí porque me juré que aquel ser de mi ser, no se encontraría nunca en el abandono en que yo me encontraba. Me lo juré y lo cumplí. ¿A qué costa? A costa, tal vez, de perder el cariño del mismo por quien hacía el sacrificio, porque a mí no se me ocultaba que mi hijo podía llegar a despreciarme algún día. Pero yo no pensaba en mí, pensaba solamente en la felicidad de aquel pedazo de mis entrañas. Y la prueba de ello es que le aparté de mi lado y no le traje conmigo hasta el día en que pude hacerlo, sin temor de que viese nada irregular en torno mío. Mi obra, ahí está; es su corazón. ¿Qué importa a nadie el origen del dinero que me costó educarle? Estaba manchado, es verdad; pero el oro sale siempre envuelto en escoria. Lo único que me horrorizaría sería que él lo supiera, que él me despreciara... y él no me desprecia. Yo no sé si conoce o no mi historia. Sé, que si la conoce la perdona. Eso lo leo en sus ojos cuando me mira; eso me lo dan a entender sus labios cuando me besa... Hay en sus besos y en sus miradas algo que es amor, que es indulgencia, que es perdón supremo; algo que dice, como si quisiera defenderme contra todos: ¡miente quien niegue que mi madre es buena!...

San. (Conmovido.) ¡Y miente, Luisa, miente!

Luisa ¡Sandoval!

San. Tienes un corazón muy hermoso: mereces ser feliz.

Luisa Que lo sea mi hijo: con eso me basta.

María (Entra en escena por la derecha. Al ver a Luisa y a Sandoval, se detiene avergonzada.) (Sí; es ella.) ¡Sandoval!

San. (Al verla.) ¡Oh! María... (Llevándola a donde está Luisa.) Esta presentación sí que la hago con gusto. Luisa. (Presentándola.) Mire usted y admire; aquí tiene usted a la novia de Luis.

María ¿Señora?

Luisa Tengo una verdadera satisfacción en conocer a usted.

María Muchas gracias, señora. Supliqué a Luis que me avisara la llegada de usted, porque deseaba hablarla un momento, antes de la visita oficial.

San. En ese caso... (A Luisa.) Dejo a usted en tan grata compañía y subiré a ponerme a la disposicion de los Marqueses. Hasta ahora. (Mutis por la derecha.)

Luisa Adiós, Sandoval. (A María.) Usted me dirá. Lamento que Luis no esté aquí.

María Señora, ¿usted me perdonaría, si yo le hablase con franqueza?

Luisa Seguramente.

María ¿Y no formaría por eso mala opinión de mí?

Luisa Al contrario.

María ¿Aunque me tomase una libertad muy grande?

Luisa Me alarma usted. ¿Qué libertad es esa?

María La de leer en su pensamiento.

Luisa ¿Es usted adivina?

María No hace falta serlo para saber lo que está usted pensando en este instante.

Luisa ¿En qué pienso? Veamos...

María En que le aguardan una porción de cosas que usted considera desagradables; molestas, por lo menos; en que tiene que pasar un largo rato entre personas extrañas, fingiendo una cordialidad que no siente; en que está obligada a trabar amistad con una familia que hasta ahora le ha resultado... poco simpática; y para decirlo de una vez, que si no fuera porque es la felicidad de su hijo la que le impone sacrificio semejante, de buena gana lo echaría usted todo a rodar y se marcharía.

Luisa (Riendo.) Por Dios, señorita, no vaya usted tan lejos en sus adivinaciones.

María ¿No quiere usted ser sincera conmigo como yo lo soy con usted?

Luisa ¿Y qué ganaría usted con que lo fuese?

María Poder decirle algo... que no me atrevo.

Luisa Hágalo sin temor.

María Pues bien, señora, voy a decírselo, porque es preciso que lo sepa. Usted se figura encontrarse en un ambiente en el que todo le es hostil y no sabe que tiene cerca a la más segura de las aliadas; a una aliada que procurará endulzarla cualquier amargura que tenga que sufrir; que tratará de facilitárselo todo.

Luisa ¿Desinteresadamente, por supuesto?

María (Avergonzada.) No sé lo que quiere usted decir.

Luisa Pregunto si esa aliada me ofrece su apoyo por mero altruismo; o porque así cree asegurar mejor su ventura.

María (Con tristeza.) Veo que tiene usted de mí peor opinión de la que yo me figuraba. No es una mira egoista la que me lleva a ofrecerle una alianza que, por lo que veo, no quiere usted aceptar. Cierto que mi amor a Luis es el móvil de todos mis actos; pero en este momento—se lo aseguro—no pensaba ni en él ni en mí. Mi interés es por usted, por usted solamente.

Luisa ¿Por mí?

María Sí, señora.

Luisa ¿Y en qué se funda?

María No sé cómo decírselo, en vista de que no me quiere usted por amiga.

Luisa Eso no es cierto.

María ¿De veras no me mira usted con prevención?

Luisa De veras.

María (Candorosamente alegre.) Entonces ya no tengo inconveniente en descubrirle por qué he buscado esta entrevista; por qué he querido hablarle antes de que conociera a mis padres...

Luisa ¿Por qué? Sepamos...

María (Muy vergonzosa.) Porque deseaba decirle que yo... la quiero a usted ya.

Luisa ¿Eh?

María Sí, señora, sí; yo la quiero a usted ya y eso debe saberlo antes de que empiecen para usted las molestias que van a imponerle las fórmulas y ritos sociales que tiene que cum-

plir. Así, tal vez, le resultarán menos enojosas.

Luisa Sin duda alguna. Y puedo decir que mi buena estrella me ha deparado la más amable de las nueras.

María (Bajando los ojos.) Yo hubiera preferido que dijese usted de las hijas; pero comprendo que aun es pronto. Todo llegará.

Luisa Y no ha de tardar mucho, a juzgar por los comienzos.

María ¿Cree usted que puedo esperarlo?...

Luisa Hablemos formalmente, María. ¿Insiste usted en decir que me quiere?

María ¡No he de insistir!

Luisa ¿Y si yo le preguntara cómo puede ser eso de querer a quien no se conoce?

María Yo le contestaría que la conozco a usted hace mucho tiempo. Luis y yo hablamos de usted constantemente y él me ha enseñado a quererla o yo me he contagiado de su amor: es igual. A dos almas tan unidas como las nuestras, no les basta con amarse entre sí; tienen que amar también a cuanto les rodea. Yo no querría del todo a Luis, si no la quisiera a usted al mismo tiempo. Pero no crea usted que la quiero únicamente por ser su madre, no; la quiero por gratitud, porque a usted, sólo a usted, voy a deberle el ser la más dichosa de las criaturas. Usted es quien ha formado el alma de su hijo; ese alma tan hermosa, que yo digo con tanto orgullo que es mía... Usted es, por consiguiente, la única autora de mi felicidad.

Luisa (Conmovida.) Usted sí que es la más encantadora de las sirenas.

María Y porque la quiero, viene preocupándome desde hace tiempo lo que hoy va a ocurrir; porque tengo miedo de que usted tenga que hacerse demasiada violencia; porque tengo miedo también de mis padres, que son excelentes, pero que tienen ciertos prejuicios que ya no se estilan... (Conmovida.) Por eso he querido anticiparme a decirle: si ve usted algo que la desagrade, si oye usted algo que la moleste, súfralo con paciencia por Luis... y por mí, que procuraremos compensárselo, reservándole toda la vida el lugar primero en nuestro hogar y en nuestro corazón.

Luisa (Secándose una lágrima.) Basta, basta, hija mía.

María ¿Ve usted? Ya me ha llamado hija.

Luisa Y ha sido sin pensarlo, se lo aseguro. La palabra subió ella sola hasta los labios.

María Como a mí se me ha entrado hasta lo más hondo del alma.

Luisa Franqueza por franqueza. La que usted ha tenido conmigo exige el mismo pago. He mentido al decirle que vine sin prevención contra usted; la traía y muy grande. Yo no veía en usted más que una rival que me disputaba el cariño de Luis y me vengaba figurándomela frívola, ligera, vulgar, indigna de él. Veo que me he equivocado y le pido perdón.

María ¿Perdón a mí?

Luisa Sí, reconozco mi error. Veo que es usted buena, inteligente, cariñosa. Es usted digna de él.

María ¡Señora!

Luisa Hasta ahora era por él únicamente por quien yo me creía en el deber de darlo todo. Ahora es por usted también.

María ¿De veras?

Luisa Sí. Ayer me decía Luis: «Yo no debo recibir a María sino de tu mano; yo no la quiero, si no eres tú quien me la entrega...» Ahora y después de haber conocido a usted, le juro que el deseo de Luis será cumplido. Yo lo sufriré todo, lo soportaré todo, haré cuanto sea preciso hacer para que sea usted de Luis, para que la reciba a usted de mi propia mano.

María Yo también le juro que seremos dos hijos a quererla.

Luisa ¡María!

María (Levantándose.) ¿Quiere usted que sellemos el pacto para siempre con un beso de paz?

Luisa Sí, hija mía. (Se besan.)

María (Conmovida.) Otra vez me ha llamado usted hija.

Luisa Y esta ha sido con toda el alma.

María Con toda el alma la llamaré yo también madre. mientras viva.

(Por el foro izquierda entran en escena CONCHITA, LUIS y ALMANSA.)

Luis (Acercándose a Luisa y María.) ¡Ah! Siento interrumpir vuestra entrevista.

María Ya tu madre te contará. Me voy corriendo, no sea cosa que mis padres...

Luis Sí.

María Hasta ahora mismo.

Luis Adiós.

María (Mirando hacia la derecha.) Espera... Sí. Daré la vuelta, porque viene ahí mi padre con Sandoval. (Se va por la izquierda.)

Con. (A Luisa.) Mira: desde allí presenciaré la escena en compañía de Almansa, que dice que tiene que hacerme una confidencia. (Se sienta con Almansa en el foro. Quedan Luis y Luisa en el primer término de la izquierda.)

Luis Dime la verdad, ¿no te ha parecido encantadora?

Luisa Me ha parecido digna de ti. ¿Qué más puedo decirte?

Luis ¡Gracias, madrecita!... ¡Ah! Mira; ahí están el Marqués y Sandoval.

(En efecto, han entrado por la derecha SANDOVAL y el MARQUÉS y se sientan junto a esta lateral.)

Luisa Falta aun la Marquesa.

Luis Sí.

Luisa Qué ganas tengo de que salgamos de una vez de esa dichosa presentación.

Luis Domina tus nervios; tranquilízate. Piensa que de lo que aquí ocurra, depende mi felicidad.

(Siguen hablando.)

Ber. (A Sandoval.) Dice usted bien; tiene un aire distinguido, señoril...

San. ¿Usted no la conocía?

Ber. De fama nada más.

San. Pues ya verá usted cuando la trate. Cautiva por su sencillez y por su discreción... Si quiere usted que se la presente ahora mismo...

Ber. Hombre, sin que esté mi mujer...

San Es verdad, que la Marquesa no ha bajado todavía...

Ber. Aquí llega, precisamente.

Marta (Sulfuradísima, con un periódico ilustrado en la mano.) ¡Esto es espantoso!.. ¡Inaudito!

Ber. ¿Qué ocurre?

Marta (Por el periódico.) ¡Mira, mira lo que trae este periódico, que a estas horas se está leyendo en media España!

San. (¡El retrato! ¡Aquí fué Troya!)

Ber. (Leyendo.) «La célebre ex tiple cómica Luisa Robles, madre del distinguido ingeniero don Luis Espinosa y Robles, de quien tanto se habla estos días con motivo de un concertado enlace aristocrático...» ¡Qué atrocidad!

Marta Y fíjate, fíjate en el traje...

Ber. En la falta de traje querrás decir. ¡Qué vergüenza!

Marta Estamos en ridículo. ¿Cómo vamos nosotros ahora a hablar en público con esa mujer?

Ber. Y a sentarla a nuestra mesa.

Marta Imposible. No hay que pensar en ello siquiera.

San. ¡Por Dios, Marquesa!

Marta Imposible, Sandoval; no hemos caído tan bajos.

Ber. Lo mejor es buscar un pretexto cualquiera y...

San. Perdóneme, Marqués. Yo creo que... no sé si tengo derecho a dar mi opinión; pero si le tuviera...

Ber. ¿Qué?

San. Me permitiría recordar a ustedes que la ventura de su hija no debe estar a merced de ese papelucho, que después de todo no descubre ningún secreto, puesto que nadie ignora que Luisa Robles fué una mujer de teatro.

Marta Pero recordarlo ahora públicamente y con ese epígrafe... No, no, Sandoval. Se me caería la cara de vergüenza. Yo no puedo, hoy por lo menos, hablar con esa mujer.

San. Señora, evitemos una campanada que sería funesta.

Marta He dicho mi última palabra.

Ber. Y yo la ratifico.

Luisa (A Luis.) Me parece, hijo, que mi retrato ha venido a meter la pata.

Luis (Que no quita ojo del grupo, con gran desaliento.) Calla, madre; no es eso, no...

María (Por la derecha, acercándose a sus padres.) ¡Cómo! ¿Pero aún estáis así?

Marta La presentación es imposible, hija mía. Mira. (Le da el periódico.)

Pal. (Por la izquierda con un telegrama. A Bernabé.) Musiú le Marqués... Este telegrama urgen-

te. (Se inclina y se va diciendo.) Finura y *savuar fer.*

Ber. ¿Urgente? (Lo abre y lo lee.) ¡Oh! De la Marquesa.

Marta ¿Qué dice?

Ber. (Leyendo.) «Iremos esta noche a comer con vosotros.—Pilar.»

Marta Ya ves, hija mía, ¿cómo íbamos a obligar a la Marquesa a comer con esa... señora? Nada, Sandoval; usted sabrá excusarnos.

María ¡Mamá, por Dios!

Marta ¿Vamos, Bernabé?

Ber. Vamos. (Mutis por la derecha de Bernabé y Marta.)

María (Apuradísima.) ¿Qué hacemos, Sandoval?

San. No sé, María, no sé.

Luis (A Luisa.) ¡Ven, madre; no me explico esto! (Se acercan a Sandoval y a María.) ¿Qué ocurre, Sandoval? ¿Qué ha sucedido?

San. Nada; que... María se lo dirá... Que se aplaza para otro día la presentación... Han recibido un telegrama anunciándoles no sé qué desgracia de familia, y...

Luis No; eso no es cierto, Sandoval; esa es una mentira piadosa con la que quiere usted disfrazar el desaire que esos señores hacen a mi madre.

Luisa ¡Por Dios, Luis!

Luis Sí, madre, sí; y tú estás tan convencida de ello como yo. Vámonos.

María (Suplicante.) ¡Luis!

Luis No me detengas, María. Quien la ofende a ella me ofende a mí. Donde ella no pueda estar, yo tampoco puedo. Vamos, madre; perdona que te haya traído a donde no han sabido respetarte.

San. Piense usted lo que hace, Luis.

Luis (A Sandoval.) Puede usted decir a esos señores que entre nosotros queda roto todo compromiso. Vamos.

Luisa Espera. (A MEDINA, que entra por la derecha.) Oiga... (Dándole una tarjeta doblada.) Entregue esta tarjeta a los Marqueses del Egido. Dígales que he venido a visitarles y que siento en el alma que una desgracia de familia les impida recibirme.

(Medina se inclina y se va por la derecha.)

Luis No consiento que por mí te humilles de ese modo, madre mía.

Luisa Si no es por ti... (Llorando.) Es... por ella.

María (Cogiendo a Luisa las manos.) ¡Señora!

Luisa Yo hubiera preferido que me llamase usted madre.

María (Abrazándola.) ¡Madre!

San. (Por Luisa.) Cada vez me enamora más esta mujer.

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un trozo del jardín de Villa-Mirenchu, lindísimo hotel que habita en San Sebastián Luisa Robles. La fachada de la casa ocupará el lateral izquierda en su primero y segundo términos. Esta fachada, que será muy bonita, tendrá en su centro una amplia puerta, a la que se ascenderá por una poco elevada pero amplia escalera de lujosísima balaustrada. En el lateral derecha espeso arbolado. En el fondo, y también entre árboles, la tapia que cierra el jardín, y allá a lo lejos perspectiva de otros hoteles no menos lujosos y bonitos. Muebles, los propios del lugar. Es de día. En el jardín no hay ni una flor. Todo muy verde, pero sin flores.)

—

(Al levantarse el telón están en escena el ama PEPA, CARMENCITA y CAYETANO. El ama Pepa es una vieja de sesenta años, pero fuerte y sanota. Carmencita, doncella de la casa, frisa en los veinticinco, y Cayetano, jardinero, y malagueño por más señas, es un barbián como de cuarenta otoños.

El ama Pepa, que usa gafas cuando cose, y Carmencita repasan unas ropas blancas y Cayetano arregla unas macetas.)

Cay. Eso se lo cuenta usté a un vascongao y pué que se lo crea.

(Ríe Carmencita.)

Pepa ¿Me va usted a negar que San Sebastián es la población más bonita de España?

Cay. Se lo niego a usté y se lo ladro. ¡Guau... guau!...

Car. ¿A que acabamos como todos los días?... (Riendo.)

Cay. (A Carmencita.) Lo que a mí me extraña es que siendo usté de Madrí, no le ladre tam-

bién; porque yo no diré que Madrí valga más que Málaga, pero más que San Sebastián... ¡Vamos, hombre!

Pepa ¡Está usted fresco!...

Cay. Pero ¿qué hay en San Sebastián que varga la pena, vamos a vé? ¡Musgo! Aonde quiera que mire usté, musgo. En Málaga, coge usté un cubo de agua y riega usté un peaso e carretera y a los quinse días le sale a usté en la carretera una armásiga de claveles: y aquí, ¡mar tiro me den! siembra usté claveles y sale musgo. Estoy ya de musgo hasta er pelo. Y me desía a mí la señora: Ya verás, Cayetano, ya verás qué campos los de las provincias. ¡Sí, sí!... ¡Musgo! Claro, como no hase más que llové; llevamos aquí tres semanas y yo no he visto er só ni los sábados.

Pepa Usted dirá lo que se le antoje; pero esta temperatura tan fresca no la tiene usted en Málaga.

Cay. Afortunadamente.

Car. ¡Por Dios, Cayetano!... Que allí se ahoga una.

Cay. Sí, señora. Allí la gente en el verano siente la caló, que es lo que debe sé; porque cuando Dios ha dicho «en er verano hay que sudá», lo habrá dicho por argo. No creo que Dios haga las cosas a humo de paja. ¡Argumentos!

Car. Vamos, que a usté no le ha entrado San Sebastián.

Cay Ni media purgaíta. Aquí no hay ná que varga ná. Mucho hablá de la Concha: que si la Concha, y dale con la Concha... ¡Purgas es lo que hay en la Concha! ¡Bueno, y de la mar no hablemos!

Pepa ¿También le va usted a poner defectos al Cantábrico?

Cay. Sí, señora, que se los pongo. ¿A qué viene ese oleaje tan fuerte, me quié usté desí? Que llega cada ola como un castillo arqueando er lomo y disiendo: ¡Juy! ¡Que te arcanso! ¡Que te tiro! ¡Que te espachurro! Y ná, que lo espachurran a uno. Como que yo me bañé un día, y dije: aquí se güerve a bañá er kaise. ¿Aonde va usté a compará ese orgullo con aquella humirdá de las olas

de Málaga, que no alevantan un deíto y que le mojan a uno un pie y parese que disen asustás: «Usté dispense, amigo, creí que era una piedra.»

Pepa ¡Qué tonterías dice!

Cay. Sí, sí.

Pepa Pues San Sebastián va a tener para un rato.

Car. Verdad.

Cay. ¿Por qué?

Car. Porque al señorito lo han nombrao director de unas minas que hay aquí cerca.

Cay. Pues no me queo yo aquí aunque me compren un impermeable.

Car. Oiga usted, ama Pepa, ¿se sabe algo nuevo del noviazgo?

Pepa ¡Bah! Eso pasó ya a la historia. ¡Como que mi Luis iba a consentí que despreciaran a su madre!

Car. ¿Pero qué fué lo que ocurrió?

Pepa Que los muchachos riñeron no sé por qué desaire que hicieron a la señora; pero medió don José Sandoval, y todo estaba ya para arreglarse, cuando se descolgaron los Marqueses con la exigencia de que la señora no había de pedir la mano de la novia ni asistir a la boda, y que una vez casados no había de poner los pies en casa de su hijo.

Car. ¡Qué barbaridad! Ha hecho muy bien el señorito en mandarles a todos a paseo.

Pepa Naturalmente.

Cay. Pues no sabe él lo que s'ha quitao de ensima; porque. . oí esto, que es una sentensia: el hombre que se casa es un animal.

Pepa Pues usted se casó, según dice, a los veinte años.

Cay. Claro; uno es un bestia y qué remedio. Pero si yo soy hombre de carrera, cualquierilla me coge a mí.

Car. Oiga usté, Cayetano: aquí en confianza, ¿por qué se ha separado usted de su mujer?

Cay. Hombre, por lo que no se ha separao naide entoavía: por erseso de cariño. (Ríen Pepa y Carmencita.) No reirse, que es el Evangelio. ¿No ve usté que en ocho años nos nasieron onse hijos?

Pepa ¡Jesús!

Car. ¡Qué atrocidad!

Pepa ¿Pero venían por parejas?

Cay. Por parejas unas veses, y otras veses en comisión. Claro, el día que nasieron los tres últimos me dijo mi mujé: «Mira, Cayetano, hijo mío, imigra, porque aquí s'acabaron ya las primadas.» Y tuve que dirme.

Car. ¡Mire usté que once en ocho años!

Cay. Y tós varones. En el hespicio están los onse; por sierto que como aquella gente es tan chungona, pos ya le llaman al hespisio la casa de Cayetano. Arriba tengo una postá con los onse, y parese la postá un mitin.

Pepa ¿Y la última vez fueron tres?

Cay. Tres: el dose de Julio.

Car. Se le ha quedado a usted grabada la fecha.

Cay. ¡Claro! ¿No ve usté que aquella noche dormí en la cársel?

Pepa ¿Eh? ¿Qué hizo usted?

Cay. Ná; que cuando me presentaron al primer niño, mandé por una botella de vino pá solemnisarlo; cuando me presentaron al segundo, me bebí la botella de una sentá pá que se me quitara la mala impresión, y cuando me presentaron al tercero le arrimé un botellazo a la comadrona, que tuvieron que darle siete puntos.

(Ríe Carmen.)

Pepa ¡Qué barbaridad, hombre de Dios!

Cay. Es que hay que vé, señora; porque, que le traiga a uno una pareja, ya es complicá; pero que sargan tres... Lo que yo le dije a mi mujé: «Pero, escucha, Micaela, ¿esto es cumplí con la ley de Dios, o es la salía de los toros?»

(Risas. Suena un timbre dentro.)

Pepa Que llaman, Cayetano.

Cay. (Mirando hacia la derecha.) Visita. Doña Conchita Díaz. (Mutis por la derecha.)

Pepa (Levantándose y recogiendo la ropa.) Llévate esto, Carmencita, y avisa a la señora.

Car. Ahora mismo. (Entra en la casa llevándose la ropa. Pepa arregla las sillas del jardín.)

Con. (Con CAYETANO por la derecha.) Pues está el jardín cada día más bonito.

Cay. Con er musgo bien poco se pué hasé. Quisiera yo que hubiese usté visto el jardín de una casa que arquiló en Málaga la señora

hase cuatro años; cuando tuvo ella er gusto de conoserme. ¡Josú! Con desirle asté que fué allí a pasá er mes de Enero y se quedó hasta Mayo. Aquello era un jardín, no esta mala sombra. Aquí siembra usté un rosá y lo que coge usté es un reuma, señora.
(Ríe Concha.)

Pepa Bueno, bueno. Ande a lo que tenga que hacer por ahí.

Cay. Ya va; quedarse con Dió. (Haciendo mutis por el último término de la izquierda.) (¡Un dolorsito tengo en esta roíya!... Y es er musgo... ¡Uy, el calorsito que estará hasiendo ahora en mi Málaga de mi arma!...) (Vase.)

Con. (Sentándose.) ¿Han avisado a la señora?

Pepa Sí, señorita.

Con. ¿Y qué, ama Pepa, hay alguna novedad por aquí?

Pepa Ninguna, gracias a Dios, señorita Concha.

Con. Ya sabe usted lo que quiero preguntarle.

Pepa De sobra, señorita.

Con. ¿Y...?

Pepa A Dios gracias no se ven más que caras alegres.

Con. Menos mal.

Pepa Los primeros días... él, sobre todo...

Con. ¡Claro!

Pepa Pero ahora hasta se le oye cantar.

Con. ¡Hola!

Pepa Sí, señora; y con unos extremos con su madre que da alegría el verlo. Todo le parece poco para ella. Está como cuando era estudiante y venía de vacaciones. Y es que mi Luis tiene un corazón... No lo digo porque yo lo he criado; es que se echa usted a buscar uno que se le parezca y no lo encuentra usted.

Con. Es bueno, ya lo creo.

Pepa Y con una voluntad que asusta. Por eso cuando yo me enteré de lo que pasaba y le oí decir «esto se ha terminado», pensé: ya puede esa señorita buscar otro novio, porque éste lo perdió, para siempre. Y ha hecho muy bien, señorita Concha; porque lo primero para cada uno debe ser su madre, que mujeres las hay a porrillo, pero madres, madres no hay más que dos.

Con. ¿Cómo dos?

Pepa ¿Eh? ¿También es usted de las que piensan que la que cría a un niño como yo he criado a mi Luis no es tan madre como su madre?

Con. ¡Quién lo duda, ama Pepa! Perdone usted, es que estaba completamente distraída.

Pepa ¡Ah!

Con. Aquí viene ya la señora.

Luisa (Saliendo de la casa.) Mira, grandísima pícara; no te insulto gravemente porque estás en mi casa.

Con. No me riñas.

Luisa ¿Te parece ni medio decente lo que haces conmigo? ¡Diez días sin saber de ti! (Se besan.) ¡Diez días! ¿Pero dónde te metes, criatura?

Con. Hija mía, me rifan. (Se sientan.) Ahora te contaré.

Pepa ¿Desean algo las señoras?

Luisa Nada, ama Pepa. (Vase Pepa por la izquierda.)

Con. Mira, estoy como la mesilla del turrón. Dos días en Zarauz con las de Balmaña; tres días en San Juan de Luz con las de Hinestrosa, que son insoportables, chica, ¡yo no las había padecido de cerca! ¡Qué cursis, qué cursis, qué cursis! Y, por último, en Biarritz, con las de Medina. De allí he llegado esta mañana.

Luisa ¡Ah! Has estado en Biarritz...

Con. Allí he visto varias veces a tus ex consuegros.

Luisa Sí, se han trasladado a Biarritz para evitar encuentros desagradables. ¿Tú te enterarías?...

Con. Sí, me lo escribió Sandoval. ¡Qué gentuza, hija mía! Muchos pergaminos, mucho abolengo, mucho temor de Dios, y, luego, gentuza. Exigir de ti...

Luisa Figúrate: ni pedir la mano, ni asistir a la boda, ni poner los piés en casa de mi hijo. ¿Pero quién se han creído esos señores que soy yo?

Con. ¡Qué atrocidad! Excuso decirte lo que los critica todo el mudo.

Luisa ¡Claro!

Con. Debes estar verdaderamente orgullosa de la conducta de tu hijo.

Luisa Lo estoy, sí, ahora más que nunca.

Con. Y mira que estaba enamorado de veras. Pero, es natural, ante tamañas exigencias...

Luisa ¡Por Dios!

Con. El día que le vi en Biarritz no pude hablarle; pero me figuré que habría ido a romper definitivamente...

Luisa (Perpleja.) ¿En Biarritz?... ¿Tú has visto a Luis en Biarritz?...

Con. Sí.

Luisa ¿Estás segura? ¿No te engañas?

Con. No. Espera, ¿qué día fué? El lunes pasado... Justo, hace cuatro días.

Luisa Pero si el lunes... Sí, salió temprano y me dijo que iba a la mina y que no volvería hasta el día siguiente... (Se levanta nerviosa, descompuesta.)

Con. (Tras una breve pausa.) ¡Pobre Luisa!...

Luisa ¡Pobre Luis, di mejor!

Con. Siento haberte dicho...

Luisa No...

Con. Sabe Dios a lo que iría a Biarritz el muchacho.

Luisa ¿Por qué me lo ocultó?

Con. Acaso para que tú no creyeras...

Luisa No. Es que su cariño a esa mujer es superior a todo; y lucha, y sufre, y se sacrifica, y no se casará con ella; pero la querrá siempre, y será desgraciado siempre, y tendré yo la culpa.

Con. Vamos, no digas tonterías. Es decir... ¿Ves tú algo en él que te obligue a pensar así?

Luisa Nada; lo que tú acabas de decirme únicamente: que ha ido a Biarritz ocultándomelo. Jamás ha estado conmigo tan afectuoso, ni nunca le he visto tan alegre como ahora. Y cuidado que yo le observo y le acecho; y procuro leer en su alma, y... sí, te puedo asegurar que su alegía no es fingida.

Con. Entonces...

Luisa La alegría de Luis es la alegría del deber cumplido.

Con. ¡Por Dios, mujer!...

Luisa Si el cumplimiento del deber, cuando el deber impone un sacrificio, no nos reportase una alegría íntima, a veces muy grande, no sé lo que sería de nosotros; y esa, esa es la alegría de Luis; no es fingida, es verdadera; pero es alegría que brota de un dolor.

Con. Vamos, no saques las cosas de quicio, Luisa. Claro que el muchacho puede que sufra ahora un poco; pero no hay mal que cien años años dure, y en esto del cariño, demasiado sabes tú que a esa edad los males no duran mucho. No te preocupes y deja correr al tiempo.

Luisa ¡Qué sé yo!

Con. Mujer, siento haberte hablado de Biarritz..

Luisa Yo en cambio lo celebro muchísimo... Acaso... (Suena un timbre dentro.) ¿Eh? (Mirando hacia la derecha.) ¿Es Almansa?

Con. (Idem.) Sí.

Luisa ¡Qué raro!

Cay. (Por la izquierda.) Han llamao, ¿no?

Luisa Sí.

Cay. (Mirando hacia la derecha.) Es un caballero. ¿Abro?

Luisa Naturalmente, hombre de Dios.

Cay. Está muy bien.

Luisa Y deje abierto.

Cay. Eso está más que bien. (Se va por la derecha.)

Luisa ¿Qué querrá Almansa? Nunca me había visitado.

Con. Chica, yo creo que no está bueno de la cabeza. A mí, siempre que me ve, me dice que va a pedirme un favor inmenso, y luego titubea y me sale con cualquier tontería. Y creo que con todo el mundo hace lo mismo.

Luisa Es extraño.

Alm. (Con Cayetano, por la derecha) (¡Valor, Dios mío!) Buenas tardes señores... es decir, señoras.

Luisa Amigo Almansa...

Con. ¿Qué tal, amigo mío?

Alm. (A Conchita, muy azorado.) Celebro muchísimo que esté usted aquí, porque de ese modo puedo matar dos tiros de una pedrada...

Cay. (Que iba a hacer mutis por la izquierda, se detiene.) (¡Arrea!)

Alm. Al revés, dos pedradas de un tiro.

Cay. (¡Atiza!)

Alm. Es decir, bueno, ya ustedes me entienden: dos tiros de un pájaro...

Cay. (¡Aprieta!) (Ríe. Luisa le mira, él corta la risa y se va por la izquierda, muy serio.)

Luisa Siéntese, amigo Almansa.

Alm. Muchas gracias. (¡Valor!) Pues aquí vengo

a visitar a ustedes; pero no vengo a visitarlas solo, sino que vengo con una comisión.

Luisa ¡Oh! Pues que pasen todos. ¿Por qué no han entrado?

Alm. No, si vengo yo solo; pero, vamos, quiero decir que traigo una comisión.

Luisa ¡Ah! (Ríe Conchita.)

Alm. (Muy nervioso, intentando reir.) A Conchita le ha hecho gracia el *quid quo pro;* el.. eso, el *quid quo pro.*

Luisa Pues veamos de qué se trata, amigo mío. Pero póngase usted el sombrero.

Alm. No, muchas gracias; hace aquí bastante fresco. Bueno, pues... (Sudando el quilo.) Nada; que a resultas de la última galerna, pues... eso es, hubo aquí... ahí.. allí, en Motrico, muchas desgracias, ¿sabe usted? Muchas desgracias. Naufragaron cuatro trianeras.

Con. ¿Trianeras?

Alm. Sí, señora; cuatro trianeras de Motrico.

Con. Serán traineras, amigo Almansa.

Alm. ¿Y yo qué he dicho?

Con. Trianeras.

Alm. Estoy en babia, créame usted. Y es que... (No sabe dónde poner el sombrero.) Es que...

Luisa Póngase el sombrero, hombre de Dios.

Alm. (Azoradísimo.) Es que no sé dónde tengo la cabeza. ¡Mire usted que trianeras!... ¡Ja, ja, ja ja!... (No le sale la risa.) Bueno, pues acabemos, porque yo... no sé pedir; no sirvo para pedir. El caso es que en Motrico han abierto una suscripción para socorrer a las familias de los trianeros fallecidos, y el alcalde, que es amigo mío, me ha escrito suplicándome que visite a mis conocimientos para... ya ustedes se lo supondrán; y yo, claro está, vengo a... ya ustedes se lo supondran también.

Luisa Ha hecho usted muy bien en acudir a nosotras.

Con. Ya lo creo.

Luisa Esas tragedias del mar me han inspirado siempre la más profunda compasión. ¿Qué cantidad cree usted?...

Alm. Yo, con trescientas pesetas me avío... Vamos, quiero decir que.. Ya ustedes me entienden; deseo enviar una cantidad lucida...

Con. (Dándole un billete.) Cien pesetas mías.

Alm. ¡Oh, señora!... (Coge el billete con mano temblorosa.)

Luisa (Llamando.) ¡Ama!

Con. Yo no soy tan rica como Luisa y tengo que ser modesta en mis donativos.

Alm. Usted es riquísima, Conchita.

Con. ¡Hombre!

Pepa (En lo alto de la escalera.) ¿Señora?

Luisa Deme doscientas pesetas. (Vase el ama.)

Alm. (Secándose una lágrima.) Me hace llorar la generosidad de ustedes.

Luisa ¡Por Dios, Almansa! Hombre, ¿sabe usted a quien le puede dar un buen sablazo, porque está ahora en grande?

Alm. ¿A quién?

Luisa A Romerito. Desde hace unos cuantos días le veo a todas horas en automóvil.

Alm. (Sin saber qué decir.) Sí, sí, yo también le he visto... pero no puede ser.

Con. ¿Por qué?

Alm. Porque ha salido en automóvil para Madrid hace un momento.

Luisa ¡Por Dios, qué capricho!

Alm. Sí, el pobre..

Luisa ¿Cómo?

Alm. Digo que... vamos, tiene unas rarezas...

Pepa (Entrando en escena.) Tome usted, señora.

Luisa Gracias. (Vase el ama Pepa.) Aquí tiene usted

Alm. (Conmovido.) No sabe usted, señora, cuánto le agradezco este rasgo delicadísimo.

Luis (Por la derecha; viene muy contento.) ¡Oh! ¡Cuánto bueno por esta casa! ¡Querida Conchita!... ¡Amigo Almansa!... (Saludos.)

Alm. He venido a sablear a estas señoras para los... los... huérfanos de Motrico. ¡El pobre Motrico!

Luis Y qué, se han portado bien?

Alm. Espléndidamente.

Luis Pues no quiero yo ser menos, amigo Almansa. (Saca la cartera.)

Alm. De ninguna manera. Abusos, no. Tengo ya lo suficiente y...

Luis Usted no puede negarse a aceptar esta cantidad. (Le da un billete.)

Alm. Tiene usted razón. Muchas gracias, Luis. (Guarda el billete.) (Tengo para la fonda, el viaje y aún me sobran cinco duros para probar fortuna.) Bueno, pues cumplida tan airosa-

mente mi misión, me retiro, con el permiso de ustedes.

Con. Me voy con usted.

Luisa ¡Cómo! ¿Tan pronto?

Con. Sí, chica, perdona; pero estoy citada a las seis con las de Iriarte. Estamos organizando un baile en Igueldo a beneficio de no sé quién.

Luis A beneficio de los que bailan, porque hay que ver cómo bailan algunos.

Con. Es el sábado, ¿irán ustedes?

Luisa Si Luis no tiene que ir ese día a la mina...

Luis No; por ahora no pienso ir por allá. Cuente usted con nosotros y con el amigo Almansa.

Alm. Imposible, y bien que lo siento; pero esta noche, a las diez, salgo para Madrid.

Luisa ¿Ya?

Alm. Un asunto de grandísimo interés reclama mi presencia.

Con. ¡Cuánto lo siento!

Alm. (Despidiéndose.) Si quieren ustedes algo para la Corte...

Luisa Nada, amigo mío; un viaje feliz.

Alm. Gracias.

Luis Digo otro tanto.

Alm. Pues hasta la vista. ¡Ah! Y agradecidísimo.

Luisa ¡Por Dios!

Alm. (A Conchita.) ¿Vamos?

Con. Le llevo en mi coche a donde guste.

Alm. Pues a Motrico; digo al Casino.

Con. ¡Andando! ¡Adiós!... ¡Adiós!...

Alm. (Haciendo mutis por la derecha con Conchita.) (¡He llegado hasta el timo... y no me he muerto de vergüenza!...) (Vase.)

Luisa Muy bien; ¿de modo que ahora, no volverás a marcharte en algunos días?

Luis En muchos. Cuenta conmigo lo menos por una semana.

Luisa ¿Y eso te parece mucho?

Luis Bien sabes que el tiempo que paso a tu lado siempre me resulta corto; pero sabes también que tengo obligaciones...

Luisa No seré yo quien te aparte de ellas. El deber es lo primero. Además, mi compañía no puede darte lo que tú necesitas.

Luis ¡Parece mentira que digas eso! Tu compañía es para mí la mejor de todas; y la que más me enorgullece. Para que no lo dudes,

tengo pensado pasarme contigo esta semana en plena luna de miel. Haremos excursiones, pasearemos mucho, iremos a los teatros, comeremos en los restoranes, solitos, como si fuéramos dos recién casados... Tengo empeño en lucirte por ahí... Yo no voy nunca tan satisfecho, como cuando voy con mi madrecita.

Luisa ¡Qué bueno eres!...

Luis ¡Y dale con la bondad! ¿Pero no te estoy diciendo que lo hago por complacerme a mí, no porque me lo agradezcas? ¿Cómo te convenceré de que cuando estoy junto a ti no echo de menos nada?

Luisa ¿Nada?... ¿Es de veras, Luis?

Luis Pregúntaselo a tu corazón si a mí no me crees. ¿No te dice él mismo que yo sería la más miserable de las criaturas si no te adorase?

Luisa Yo no dudo de que tú me quieras ¿cómo podría dudarlo? Pero... ¿te bastará con mi cariño para ser dichoso?

Luis ¿No te basta a ti con el mío? ¿Por qué no ha de bastarme a mí igualmente?

Luisa Porque no es lo mismo. A tu edad la ternura maternal es poco para llenar la existencia. Hace falta otra clase de cariño; el que tú tenías...

Luis No hablemos de eso. Me lo has prometido.

Luisa Cuando tanto temes que yo te lo recuerde debe ser porque aquel fuego ha dejado rescoldo.

Luis Ninguno: te lo aseguro.

Luisa No es posible, Luis. Un cariño como el tuyo no se olvida en un día. Además, ella no te ha dado motivo...

Luis ¿Cómo que no?

Luisa Fueron sus padres; no ella.

Luis Ella, al aceptar la voluntad de sus padres también te ofendió.

Luisa ¿Ves? Yo soy la causante de tu desventura.

Luis (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!... Te ha dado por tomar en trágico el más vulgar de los contratiempos. Cualquiera diría que soy el primer hombre que piensa casarse y rompe la boda. ¡Bah! Quedan muchas mujeres en el mundo. Ya me casaré. No creo que tengas prisa por que nos separemos.

Luisa Tengo prisa por verte completamente feliz.

Luis ¿Y no lo soy contigo?

Luisa Temo que me engañas; que me ocultas un gran dolor, que no te baste con mi cariño...

Luis (Atajándola.) Calla, calla. ¿Crees que habría otro cariño que pudiera darme mayor ventura? No madre, no. Lejos de mí todos los amores. Yo no quiero más que el tuyo... ¡el tuyo madre mía!...

Luisa ¿No me engañas? ¿Es cierto lo que me dices?...

Luis (Cada vez más exaltado.) Pero, ¿no ves mi alegría?... Me siento alegre; muy alegre...

Luisa Mas bien parece que finjes estarlo.

Luis Te repito que puedes leerlo en mis ojos.

Luisa (Sujetándole.) ¿En tus ojos... que se están llenando de lágrimas?...

Luis No, no...

Luisa ¡Sí, sí!... Tu sufres... Y te sacrificas por mí... Y eres infeliz por mi causa... Abreme tu alma..

Luis (Echándose en sus brazos.) ¡Madre!... ¡Madre de mi vida!...

Luisa Eres desgraciado; ¿sufres?

Luis ¡Calla!... ¡Calla!... (Suena un timbre dentro. Luisa y Luis se separan y quedan tristes, pensativos. Pausa. El ama PEPA atraída por el timbre sale de la casa, atraviesa pausadamente la escena de izquierda a derecha, mira a Luisa y a Luis que ni siquiera advierten su presencia, hace un gesto de disgusto, suspira y se va por la derecha.)

Luis (Más dueño de sí.) Algunas veces... dices de pronto unas cosas, madre... que... (Mirando hacia la derecha.) Es Sandoval.

Luisa ¿Sandoval?...

San. (Con el ama Pepa, por la derecha.) ¡Oh! Que está también aquí el señor ingeniero. ¡Dichosos los ojos! ¿Qué tal?... (Estrecha la mano a Luisa.) ¿Pero qué vida hace usted, mi querido amigo?

Luis Verdad es que nos vemos bien poco. (Cambia un apretón de manos.)

Pepa (A Cayetano que entra en escena por el último término de la izquierda.) Ya podía usted haber abierto la puertecita.

Cay. Es que como suponía que estaba abierta, le estaba echando de comé a los animales.

Pepa (Refunfuñando.) ¡A los animales!... Ya le diría

yo a usted, ya. (Entrando en la casa.) Aquí como no se mueva una, el que más y el que menos... (Vase.)

Cay. (A Luis.) Güeno, señorito; usté dirá si se le avisa ar veterinario porque el mastín está cá día peó.

Luisa ¿Pero qué tiene?

Cay. Las lluvias, señora. Las jumedades; que en este pueblecito se orsidan hasta los perros. El animá está acostumbrao a Córdoba, que es de aonde lo han traío y aquí no se climata.

Luisa Válgame Dios.

Cay. Aquí, tó lo que no sea un perro d'agua...

Luisa Bien, bien; pues entérese donde vive algún veterinario y avísele.

Cay. Sí, señora. Yo, por si acaso lo que tiene es frío, le echao dos mantas y le he puesto una boina.

San. Pues habrá que verlo.

Cay. Sí, señó: parese que va a cantá un sorsico.

Luisa Bueno, ande, ande...

Cay. Sí, señora. Salú. (Mirando al cielo.) (Y nublao otra vé .. ¡Josú! Er día que yo me vea en er tren... lo arrempujo.) (Vase por la izquierda último término.)

Luisa A séte, como se le dé conversación...

San. ¿Y qué cuenta usted, ilustre minero?

Luis Nada, que me voy un rato al frontón a ver si me desquito, porque ayer el famoso Irigoyen me hizo perder mis buenas pesetas. ¿Conque tú dirás qué plan haces, madre? ¿Quieres que cenemos en Igueldo esta noche?

Luisa Sí; me parece muy bien.

Luis Entonces a eso de las siete vendré a recogerte, daremos un paseo hasta Lezo y luego subiremos al monte. Si Sandoval quiere acompañarnos...

San. Lo siento, pero tengo esta noche invitados.

Luis Entonces hasta luego o hasta la vista.

San. Adiós, querido Luis.

Luis Hasta luego, madre.

Luisa Hasta luego, hijo mío. (Vase Luis por la derecha. Luisa le sigue un rato con la mirada y luego suspira tristemente y se deja caer en una silla, abatida y desalentada.)

San. (Condolido.) ¿Qué tienes, Luisa?

Luisa Un pesar muy grande; a qué ocultártelo.

San. ¿Sabes ya, acaso...?

Luisa Sí. Hiciste mal en ocultármelo ayer. Sé, que no puede vivir sin ella; sé que la busca, que ha ido a Biarritz a verla, por eso quiero...

San. ¿Qué quieres?

Luisa Yo misma no lo sé, Sandoval. Es decir, sí: quiero verle dichoso; quiero llegar a ese fin por cualquier medio; quiero librarme del tormento de pensar que he sido yo, yo, la causa de la infelicidad de mi hijo.

San. Tú no lo serías nunca, sino las preocupaciones sociales...

Luisa Déjate de sutilezas. No nos engañemos, Sandoval. Lo sería yo, mi pasado, mi vida... ¿Crees tú que lograré por fin, ver a mi hijo casado y dichoso? Séme franco.

San. Casado... tal vez. Dichoso, no, Luisa. Tu hijo no sería feliz aunque se casara.

Luisa ¿Por qué?

San. Porque es buen hijo, como ella es buena hija y eso es precisamente lo que les condena a ser desgraciados. La guerra civil siempre viva entre los padres, se encendería al cabo entre los hijos también.

Luisa ¿Tú crees?

San. Ante la vista tienes un ejemplo. Tú conoces al Duquesito de La Robla, ese que está dando tantos escándalos este verano. Es el mismo caso de Luis, trocando los papeles. También se enamoró de la hija de una famosa ecuyere, también era hijo de una familia aristocrática; también pensó que su amor acabaría por vencer la profunda antipatía que separaba a sus padres de la madre de su novia. Y se casó, y el idilio duró dos o tres meses y... ¿qué pasó? Que la guerra civil se encendió pronto; que el antagonismo de los padres llegó hasta ellos y ahora... ahí los tienes; ella abandonada; con un hijo que ha nacido ya infeliz; él arruinándose, encenagándose y los dos desdichados para siempre. No permita Dios que tu hijo siga ese camino.

Luisa ¿Según eso, tú entiendes que él no puede ser ya dichoso?

San. A tu lado, sí, porque a una novia es fácil olvidarla; al lado de María, no, porque a una

madre como tú no es posible olvidarla nunca. (Pausa.)

Luisa ¿Y si me olvidara?

San. ¿Qué dices?

Luisa ¡Sí!... ¡Sí!...

San. ¿Eh?

Luisa ¿Y si me perdiera la estimación y el cariño...?

San. ¡Luisa!

Luisa Porque si él dejara de creerse en el deber sagrado de ampararme; si dejara de sentir por mí el cariño que siente; si consintiera en separarse de mi lado...

San. Pero eso...

Luisa (Nerviosa.) Ya sé que tendría que decidirme a complacer a esos señores, y a convertirme de verdad en lo que ellos creen que soy: en una mala madre. ¡En una mala madre!...

San. ¿En qué piensas?

Luisa Oye, Sandoval, cuando me dices que yo he sido el único amor de tu vida, que estás dispuesto a todo por mí, ¿hablas formalmente?

San. ¿Ahora me sales con eso?

Luisa Contesta.

San. ¿No llevo veinte años siendo tu sombra?

Luisa De modo que... ¿podría contar yo contigo?

San. ¿Para qué?

Luisa No te importa saberlo en este instante.

San. Es que temo que estés pensando una locura.

Luisa Piense lo que piense, poner condiciones a un favor, equivale a no concederlo. Te pregunto si puedo contar contigo para todo.

San. Para todo que no sea tu mal.

Luisa (Levantándose excitada.) Vuelta a los distingos. Veo que eres como los demás hombres. Sois lo mismo todos. Hablais de amor y no sabeis siquiera lo que significa esa palabra.

San. ¡Pobre Luisa! Estás exaltada.

Luisa No; sé muy bien lo que digo y digo que no sabes lo que es amor. Lo sabrías, si mi corazón fuera de cristal y pudieras asomarte a él en este momento. Entonces verías lo que es el amor verdadero, el que está exento de egoísmos; el que no quiere nada para sí, el que solo persigue el bien del ser amado. Es verdad que tú a eso le llamarías locura; y... acaso tengas razón. La cordura, la sensatez,

lo que es corriente en el mundo es no pensar sino en el propio bien y en la conveniencia propia: donde empiezan la abnegación y el sacrificio, empieza también la demencia. Todo eso es cierto, pero reconoce que por ser así, no hay nada más egoista, más odioso que el mundo de los cuerdos y que no habría nada más admirable que un mundo de locos.

San. ¿Dónde vas a parar, Luisa? ¿Qué quieres decir?

Luisa (Cada vez más exaltada.) Que te dejo con tu sensatez y me vuelvo con mi locura; con una locura que haría algo muy hermoso si yo tuviera valor para dejarme arrastrar por ella hasta el fin... de todas suertes, sí, es preciso, no se puede ser cobarde cuando se lucha de verdad, cuando se busca a todo trance la victoria. Yo, hasta hoy, sólo he querido a Luis a medias; mi cariño no pasaba del límite en que era compatible con mi bienestar... Ahora ya lo quiero del todo; he descubierto algo que había en mí y que yo misma ignoraba. Yo creía ser una madre como otra cualquiera; una de esas madres que tanto abundan y que quieren tanto a sus hijos mientras su cariño es fácil y es cómodo y se ve bien pagado...Voy viendo que no soy de esas, sino de las otras, de las que no viven en la realidad, de las insensatas; voy viendo que soy lo que se empeñan aquellos señores que debo ser: una mala madre... ¡Ja, ja, ja, ja!... (Ríe nerviosa, locamente.) ¡Una mala madre!

San. Empiezo a comprender tu intención.

Luisa (Enérgica.) No quiero saber eso, quiero saber si puedo contar contigo.

San. Sí, Luisa, sí.

Luisa ¿Sin condiciones?

San. Sin condiciones.

Luisa Si me ayudas a hacer feliz a mi hijo, pídeme en cambio cuanto quieras.

San. No pienso en la recompensa; pienso en servirte.

Luisa Está bien. Deja el premio a mi cuidado.

San. A merecerlo aspiro: lograrlo es lo de menos.

Luisa ¡Gracias, Sandoval!

San. (Mirando hacia la derecha.) ¡Calla! Almansa...

Luisa ¿Otra vez?

(Se hacen los distraídos.)

Alm. (Por la derecha. Viene cortadísimo, nerviosísimo y preocupadísimo.) Muy buenas tardes.

San. ¡Oh! Querido Almansa. (Le estrecha la mano.)

Alm. Aquí estoy yo nuevamente... Sí, señor. Porque he estado antes a... Y ahora vengo a...

Luisa ¿Ha olvidado usted algo?

Alm. No; no... es que... ¿Se ha marchado Conchita?

Luisa ¡Pero, hombre!...

Alm. No; si ya recuerdo que ella me dejó en el auto.

Luisa ¿Cómo en el auto?

Alm. Bueno, en el Casino, en el auto. Yo preguntaba por Luis.

Luisa Está en el frontón.

Alm. ¡Ah! En el frontón. Entonces... Muy bien. (Pausa.)

San. Parece que está usted algo preocupado.

Alm. Sí, señor; preocupadísimo: no lo niego.

San. ¿Qué le ocurre? Digo, si puede saberse.

Alm. Nada; una tontería, pero yo soy así. Estoy aquí dándole vueltas, y vaya, no sé cómo decirle a Luisa que... que deseo hablarla a solas.

San. Caramba; pues así, como lo ha dicho usted.

Alm. ¿Eh? ¿Lo he dicho?

(Ríe Sandoval.)

San. Hombre, no sé si lo ha dicho usted, pero yo al menos he creído escucharlo y me retiro.

Alm. (Apuradísimo.) ¡Por Dios, Sandoval, que mi intención!...

San. (Cariñosamente, poniéndole una mano en el hombro.) Es usted único, querido Almansa. Siempre que hay ocasión me vanaglorío en citarle como el modelo, como el prototipo, como el arquetipo del hombre perfecto.

Alm. (Avergonzado.) No me cite usted, no me cite usted más. Antes, sí; ahora...

San. Antes y ahora y siempre. Es usted un santo. (Despidiéndose de Luisa.) Hasta la vista.

Luisa Adiós... y gracias, Sandoval.

San. ¡Luisa!...

Luisa ¡Gracias!

San. Adiós. (Se va por la derecha.)

Luisa Pues usted dirá, amigo mío. Siéntese.

Alm. Señora... Ante las personas decentes no deben sentarse los canallas.

Luisa ¿Se ha vuelto usted loco?

Alm. ¡Ojalá!

Luisa ¿Eh?

Alm. Señora, yo quiero descargar mi conciencia porque el remordimiento de mis crímenes me quita la vida.

Luisa ¿De sus crímenes?

Alm. Sí, de mis crímenes, no rectifico; porque yo citado como modelo, como arquetipo y como prototipo, no soy más que un tipo, sin arque, sin proto y sinvergüenza.

Luisa (Riendo.) Hombre, no creí yo reirme esta tarde.

Alm. Pues no es risa, sino repulsión la que debo inspirarle.

Luisa Pero, Almansa.

Alm. Sí. Vengo del Casino; de la sala de arriba... ¡de la ruleta!

Luisa (Admirada.) ¡Usted!...

Alm. ¡Ah! ¡Empieza usted a conocerme!... (Trágicamente y como si relatase el más nefando de los parricidios.) Pues sí, de la ruleta... ¡y he jugado! ¡Le he dado ocho golpes a cinco duros!... ¡Y he ganado seis mil doscientas pesetas!...

Luisa ¡Caramba!

Alm. Salí de esta casa ciego. De mi estafa inicua, una vez cubiertos mis descubiertos, me sobraban cinco duros; sentí el ansia de restituir pronto lo estafado y probé fortuna. ¡Qué momento! No quise jugar a números porque no entiendo las combinaciones, y como aquella jugada era tan seria para mí, opté por la chanza.

Luisa Claro.

Alm. Digo que jugué a falta que era lo más simbólico y el destino inconsciente pagó mi falta con ocho faltas seguidas. Vea usted... (Saca la cartera llena de billetes.) Puedo devolver a ustedes lo estafado y pagar cuanto debo e irme de este antro donde he perdido para siempre mi honor y mi honradez y mi dignidad. Tome usted cuatrocientas pesetas... Ahórreme, por Dios, la vergüenza de confesar mi delito a Conchita y a Luis. (Le da unos billetes.)

Luisa Pero...

Alm. Sí, Luisa, sí. ¿No lo ha comprendido usted o es que no cabe en su cerebro un delito tan grave? Les he timado con un aplomo y una sangre fría de verdadero criminal, porque lo soy; porque llevo dentro de mí un malhecho. Pero he de castigarlo, sí, he de castigarlo cruelmente. (Se atiza un puñetazo enorme en la cara.)

Luisa ¡Almansa!...

Alm. Lo de de las traineras de Motrico era una fantasía, no hay tal Motrico; era una patraña ideada por mí, es decir, no; por mí, no; por este otro que llevo en mí... (Se atiza otro coscorrón.) Perdón, señora... (Llorando.) Se lo pido de todo corazón.

Luisa Vamos, no sea usted niño, amigo Almansa. Ni usted ha estafado a nadie, ni usted ha hecho nada que salga de lo corriente. Una mentirilla que no deja de tener gracia y nada más. Si usted viene y me devuelve este dinero y me dice, se trataba de una broma para medir la generosidad de ustedes, pues nos hubiéramos reído y en paz.

Alm. ¿Y el jugar? ¿Y el subir por segunda vez a aquel sitio de corrupción, sólo frecuentado por personas que se estiman en poco?

Luisa (Como iluminada por una idea.) Hombre, nunca he subido a la sala de juego. Creo que es muy divertido, ¿no? He oído decir que van muchas señoras...

Alm. ¿Señoras? Alguna se asoma por curiosidad para ver el salón, pero...

Luisa ¡Ah! Entonces .. ¿no hay mujeres allí?...

Alm. Mujeres, muchas; pero, vamos, señoras...

Luisa ¡Bah! Para que se tranquilice su conciencia, para que vea usted que el subir a la sala de juego no tiene importancia y para que se convenza de que el perder unas pesetas tampoco la tiene, ahora mismo vamos a ir usted y yo a jugarnos estos billetes.

Alm. (Asombrado.) ¡Señora!

Luisa (Llamando.) ¡Ama!... ¡Ama Pepa!...

Alm. ¡Por Dios, Luisa, qué dirían de usted, aquí, donde todo se comenta?

Luisa Le garantizo a usted que como gane voy a convidar allí mismo a todo el mundo a champagne. Hoy me pide a mí el cuerpo un poco de alegría.

Pepa ¿Señora?

Luisa Tráigame un sombrero, cualquiera.
(Desaparece el ama Pepa.)

Alm. Pero, en serio, se propone usted...

Luisa Va usted a verlo.

Alm. Luisa... usted perdone que yo me permita aconsejarla, pero va usted a dar un golpe...

Luisa Uno es poco, yo quisiera dar ocho seguiditos como usted. (Ríe. Al ver que el ama Pepa le da un sombrero.) Traiga, ama. (Se pone el sombrero.)

Alm. (¡Esta mujer se ha vuelto loca!)

Luisa (A Pepa.) Cuando venga el señorito, dígale... (Costándole mucho trabajo decirlo.) dígale que estoy en el Casino; que me busque arriba, en la sala de juego. (El ama Pepa queda boquiabierta.) (Sí; es lo mejor... es lo único ¡lo único!...) Vamos, Almansa: no hay que pensarlo más. (Se apoya en su brazo casi sin fuerzas.)

Alm. ¡Señora!...

Luisa (Muy decidida.) Vamos.
(Inician el mutis. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Hall de Villa-Mirenchu. A la derecha, último término, y en ochava, la puerta que conduce al jardín y que sirve de entrada. En el primer término de esta lateral una puerta. En el foro, ventanales que dan al jardín y galería que se pierde en el lateral izquierda. En este lateral artística chimenea. Muebles archielegantes. Es de día; un día del mes de octubre.

—

(Al levantarse el telón están en escena el ama PEPA y CAYETANO. El ama Pepa, sentada ante una mesita, y Cayetano, de pie.)

Pepa Espere; haré la cuenta.

Cay. No se moleste usté, porque yo la tengo ya hecha. Se me deben cuarenta y cinco duros menos once pesetas.

Pepa Vamos a ver. (Apuntando) Salario de agosto, noventa pesetas.

Cay. Dieciocho duros.

Pepa Es lo mismo.

Cay. Pos si es lo mismo, yo, callao.

Pepa Septiembre, noventa pesetas (Apunta.), y medio octubre, que son cuarenta y cinco, eso es. (Apunta.)

Cay. Cuarenta y cinco duros menos once pesetas.

Pepa ¡Y dale! Digo que medio octubre son cuarenta y cinco pesetas. Vamos a sumar. Cero y cero no es nada, y cinco es cinco y no llevo nada... Ocho y ocho que son... (Piensa.)

Cay. Lo único que yo sé sumá. Pa que digan luego que las coplas no sirven. (Cantando bajito.) Cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y

ocho dieciséis... Aquí como no cantan más que sorsicos...

Pepa Calle usted, hombre... (Escribe.)

Cay. Callao.

Pepa Diecisiés y nueve... (Se auxilia con los dedos.) veinticinco. Eso es. (Escribe.) De modo que suman dos mil.

Cay. ¡Asuca!

Pepa Digo doscientas veinticinco. Y usted tiene tomadas onse pesetas. (Escribe.) Ahora se resta. Quien de cinco quita onse...

Cay. Hase un milagro.

Pepa Digo quien de cinco quita una .. Eso es... Se le deben a usted doscientas catorce pesetas.

Cay. En duros.

Pepa Cuarenta y dos duros y cuatro pesetas.

Cay. No señora; cuarenta y cinco duros menos onse pesetas.

Pepa Es lo mismo.

Cay. Entonses, acuerdes. Oiga usté, yo creo que la señora me pagará er viaje, por lo menos hasta Madrí, ¿no? Porque cuando vinimos me dijo que era por una temporá, pero en vista de que ella se queda aquí...

Pepa Eso allá usted con ella.

Cay. Está mu bien.

Pepa (Levantándose.) Sí que va a quedar buena la casa; el señorito, en la mina casi siempre; ayer se despidió Carmencita y hoy se marcha usté... Bueno, lo de usted no me extraña porque no estaba a gusto en San Sebastián, pero lo de Carmencita...

Cay. Lo de Carmencita no le debe llamá a usté la atensión. ¿Usté cree que en esta casa pué serví ninguna mosita, con er cambiaso que ha dao la señora?

Pepa ¿Qué está usted diciendo?

Cay. ¿Pero es que se va usté a hasé la nueva y no se habla en San Sebastián de otra cosa?

Pepa Bueno, bueno...

Cay. ¡La que hizo ayer tarde!...

Pepa ¿Eh?

Cay. Un hombre soy yo... y me puse como er tomate, de vergüensa. Porque hay cosas que no las debe hasé una señora.

Pepa ¿Pero qué hizo?

Cay. Que al acabarse esa corría de toros que hubo

ayer tarde, pa eso de los heríos de la guerra, llevó en su automóvil ar Capicúa, dende la plasa hasta la fonda. ¡Que yo lo ví, ama Pepa! Claro, que er Capicúa disen que estuvo en sus dos toros lo que se llama superió, pero eso no es pa que una señora lo meta en su coche dando qué hablá a to er mundo, porque había que oí lo que desía la gente. Ar pasá los aplaudían a los dos, pero aluego...

Pepa ¡Dios mío de mi vida!

Cay. Y pa mí que er señorito Luis se ha enterao de eso y... de otras cosas, porque anoche cuando vino de la mina dijo que se iba a pasá aquí una semana, y esta tarde, después de armorsá, ya usté oyó que ha mandao que le vuelvan a arreglá el equipaje. ¡Si toas las mujeres son!... La que no le da a usté onse hijos en ocho años, le da a usté ocho disgustos en onse minutos.

San. (Por la puerta de entrada.) Hola.

Pepa Buenas tardes, señorito.

Cay. Buenas tardes.

Pepa (A Cayetano.) Espéreme en la cocina que ahora le llevaré el dinero.

Cay. Iré entre tanto preparando el jatillo.

San. Qué es eso, ¿se marcha usted?

Cay. Sí, señó. No m'aprueba a mí esto. Llueve aquí mucho y la humedá es buena pa er musgo, pero a mí me tiene los güesos resblandesíos. Allí estoy, ama Pepa. (Se va por la galería del foro.)

San. ¿Y qué hay, ama Pepa? Me han dicho que ha llegado el señorito Luis.

Pepa Sí, señor; en la calle está.

San. ¿Viene por mucho tiempo?

Pepa Dijo que por una semana, pero se vuelve a marchar esta noche.

San. ¿Y eso...? (El ama Pepa se echa a llorar.) ¿Eh? ¿Qué sucede?... ¿Ha ocurrido aquí algo?...

Pepa No, nada; lloro porque estoy viendo que me lo van a matar entre todos. No sé adónde vamos a parar, señorito.

San. Vaya, vaya...

Pepa Esta casa no es ya lo que era. La señora hace unas cosas que hay que pensar que ha perdido el juicio. Todo el mundo me cuenta y me dice, y como Luis tiene que enterarse

de cuanto ella hace, porque el mundo es muy chico y la gente es muy mala... no sé, no quiero pensar en lo que aquí va a ocurrir el dia menos pensado.

San. Tiene usted razon.

Luisa (Dentro.) Sí; que esté todo listo para las ocho.

Pepa (Disimulando.) La señora.

Luisa (Entrando por el corredor del foro izquierda.) ¡Oh! ¿Pero está aquí el amigo Sandoval? ¿Pues cómo no me habían dicho nada?

San. Acabo de llegar en este mismo instante.

Luisa Ama Pepa: al arreglar el equipaje del señorito póngale alguna ropa de invierno; es posible que ya la necesite.

Pepa Sí, señora. (Vase por la izquierda.)

San. ¡Luisa!...

Luisa ¿Qué hay?

San. ¿Has leído?...

Luisa No.

San. Toma; aquí... (Le da un periódico marcándole una columna del mismo.) Lée.

Luisa (Leyendo.) «La popularísima extiple comica, Luisa Robles, condujo en su propio automóvil al valiente diestro desde la plaza hasta el hotel Fortuna, siendo ambos objeto de prolongadas ovaciones. (Tirando el periódico y sentándose indolentemente.)

San. ¿Adónde vas a parar, Luisa?

Luisa Adonde por fin estamos llegando. Ten paciencia. Ya nos queda poco que andar.

San. ¡Qué insensatez, Dios mío!

Luisa ¿Te arrepientes de ser mi cómplice?

San. Arrepentido estoy desde el primer día, pero no sé resitirte; me arrastras contra mi voluntad, y créeme, no sé lo que daría por verte entrar en razón.

Luisa Pero ¿me quieres más razonable? Estoy siguiendo serenamente, fríamente, el camino que me tracé.

San. ¿Y seguiremos toda la vida en esta situación?

Luisa No; me faltan ya las fuerzas, Sandoval. Hoy mismo vamos a terminar para siempre.

San. ¿Eh?

Luisa Ya conoces mi proyecto.

San. ¿Cómo? ¿Insistes en esa enormidad?

Luisa Sí; todo está ya preparado. Esta noche tendré el honor de recibir en mi casa a toda esa

gentuza. La cena va a dejar memoria. Es preciso que Luis conozca de una vez toda su desgracia aparente o real; que vea con sus propios ojos que no soy digna de ser su madre.

San. ¿Quieres que él vea...?

Luisa Y lo verá. No se marchará esta noche, no. Tiene ya en su poder un anónimo... dictado por mí misma.. y no se irá, te lo aseguro.

San. Esto es un crimen, un suicidio.

Luisa Tú me contaste ayer que los marqueses, que sin duda se dan ya cuenta de que han hecho desgraciada a su hija, se alegran cuando yo realizo algún acto escandaloso y dicen a todo el mundo que Luis tiene siempre abierta aquella casa a condición de que se aleje de mí. Pues ya empieza a alejarse; ya empieza a cumplir la condición. Por un sarcasmo de la suerte, la ventura de mi hijo pide que yo sea mala... y tú no sabes el placer que me produce serlo; por lo menos que él lo crea. Cada vez que hago cualquiera de esas... locuras que tanto le hacen sufrir, siento una especie de alegría dolorosa, que parece hacerse mayor a medida que producen en él impresión más amarga. Como antes leía en sus ojos la noble satisfacción del que dice «mi madre es santa», ahora no leo más que la negra amargura del que piensa «mi madre es una mujer despreciable». (Nerviosa, descentrada.) Y es incomprensible: mientras más lo leo, experimento más honda complacencia, como si me alegrara el ir perdiendo su cariño... porque lo voy perdiendo, Sandoval... lo voy perdiendo al fin... (Sofocando unos sollozos.) A veces siento un impulso violento de arrojarme en sus brazos diciéndole: «no creas lo que ves, hijo mío; soy lo que fuí siempre; todo esto no es mas que una calumnia que me estoy levantando yo misma...» Pero me reprimo, sí.

San. (Mirando por las cristaleras.) ¡Cuidado, tu hijo viene.

Luisa ¡No!... ¡Que no me vea llorar! Ven luego... Acompáñame hasta el fin de este calvario y luego dispón de mi vida, si quieres. (Se va por la puerta de la derecha. Pausa.)

San. (Al ver a LUIS que entra en escena por la puerta que da acceso al jardín.) ¡Oh! Amigo mío...

Luis (Muy serio.) Buenas tardes, Sandoval.

San. Ya sabía por Luisa, a quien acabo de ver, que estaba usted en San Sebastián.

Luis Por unas horas nada más. Me marcho esta tarde.

San. Hay mucho trabajo, ¿eh?

Luis Mucho.

San. Pues no le entretengo: tendrá usted algo que hacer antes de marcharse...

Luis Sí; nunca falta...

San. Hasta nueva vista, amigo Luis.

Luis Adiós, Sandoval. (Vase Sandoval por la puerta del jardín. Luis consulta con su reloj.) Es muy temprano aún. (Ve el periódico que Luisa tiró al suelo y lo recoge.) ¡Ni aun siquiera ha tenido la precaución de quitarlo de enmedio!... ¡Es espantoso! (Lo rompe y lo arroja a la chimenea.) Sí; lejos de aquí; es lo mejor... (Saca del bolsillo una carta, la mira y la estruja con rabia.) ¡Un amigo leal!... (Resuelto.) ¡Sí! Quiero salir de esta duda, de esta incertidumbre. (Hace sonar un timbre y se deja caer desalentado en una butaca.)

Pepa (Por la izquierda.) ¿Eres tú quien llama?

Luis ¿Está listo mi equipaje?

Pepa Sí. Ya he mandado avisar para que lo recojan.

Luis Bien. (Pausa.)

Pepa (Acercándose a él y cariñosamente.) ¡Luis!... ¡Hijo!...

Luis (Con honda tristeza.) Déjame, ama, déjame. Me da vergüenza de hablar... hasta contigo. (Pausa.) ¿Qué es esto que pasa, ama Pepa; tú te lo explicas? Por fuerza mi madre ha perdido la razón, ¿verdad?

Pepa Sí, hijo, sí. Ella que ha sido siempre tan buena... Desde que te trajo a su lado su conducta fué siempre ejemplar. No sé explicarme lo que ahora sucede.

Luis Y qué ocasión ha escogido para darme este desengaño. No bastaba con perder un cariño: era preciso que perdiese a mi madre también. Porque esto es perderla, ama, ¡esto es perderla! (Con miedo a la respuesta.) Ha seguido lo mismo, ¿no?

Pepa Lo mismo o peor; yo no sé engañarte.

Luis ¡Dios mío!

Pepa Paseando en coche con personas de la peor

fama... Recogiéndose a las tantas de la noche... Recibiendo en su casa a una gentuza...

Luis Calla, ama, calla...

Pepa Y ha sido inútil cuanto le he dicho afeándole su proceder, hablándole de ti y del disgusto que te causaba... No quiere ni escucharme.

Luis Lo mismo me ha ocurrido a mí. Más de una vez he intentado, desgarrándome el corazón, darle a entender veladamente que no ignoraba lo que hacía, al mismo tiempo que el asombro que me causaba...

Pepa ¿Y qué?...

Luis Nada... Evasivas, medias palabras y luego ese desvío, ese empeño en alejarse de mí, que me hiela... ¡Mi madre no es la misma! (Pausa.) Tú sabes si esta noche...

Pepa ¿Qué?

Luis Si esta noche viene aquí alguien...

Pepa No sé. La he visto hablar en voz baja con el cocinero y con los del comedor, como si temiera que yo me enterase... ¡Quién sabe! Alguna francachela...

Luis ¿Pero en su propia casa?

Pepa (Mirando hacia la derecha.) Calla; ella viene.

Luis Vete. Déjame solo con ella.

Pepa (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Pobre hijo! (Mutis.)

Luisa (Por la derecha, afectando la mayor naturalidad.) ¿Estabas de charla con el ama Pepa? Veo que no se interrumpen vuestros idilios.

Luis Yo tengo siempre culto por cuanto me recuerda mi infancia, ya lo sabes; y ese recuerdo esta vinculado en ella y en ti.

Luisa (Deseando variar de conversación.) Qué, ¿te vas esta noche por fin?

Luis Sí; tengo que volver a la mina.

Luisa Haces bien: es un buen negocio y no debes abandonarlo.

Luis Antes no me decías eso, madre. Cuando te hablaba de algún viaje me pedías que lo retrasara, que no me alejase de tu lado.

Luisa Se conoce que antes era más egoísta.

Luis O que me querías más.

Luisa ¿Vuelta otra vez a esa locura? ¿Quién te ha dicho...?

Luis Quien no me engaña. Mi corazón que no

siente ya el calor del tuyo las pocas veces que me abrazas.

Luisa ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas piensas, Luis! ¿Qué te diría yo para convencerte?...

Luis ¿Decirme? Nada. ¿Para qué?

Luisa Pero Luis...

Luis Vamos, madre... Siéntate aquí a mi lado. Hablemos un rato como hablábamos antes. ¿Quieres?

Luisa ¿No he de querer? (Aprovechando una distracción de Luis, mira al cielo como pidiendo fuerzas, como ofreciendo el sacrificio de su vida.)

Luis Si te he ofendido en algo, madrecita, dímelo y te pediré perdón de rodillas, pero devuélveme tu cariño; mira que no puedo vivir sin él y que ahora lo necesito más que nunca, porque es el único que puede suplir al otro.. ¡al que me han arrebatado para siempre!

Luisa (Afectando naturalidad.) ¿Cómo puedes dudar de que yo te quiero?

Luis Porque lo veo. Lo estoy viendo y lo estoy tocando en este mismo momento. Si antes, cuando tú eras la otra, no la de ahora, yo te hubiera hablado como te hablo en este instante, hubiera sido muy distinta tu actitud. No hubieras esperado a que yo te contase mis penas; te hubieras adelantado a adivinarlas, a compartirlas, a estrecharme contra tu pecho... Ahora, te digo que sufro y permaneces impasible; te cuento que soy desgraciado y tus ojos siguen enjutos; te pido una limosna de cariño y me la niegas... ¿Qué tienes? ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué no eres ya mi madre, la madre de mi alma?

Luisa (Haciendo un esfuerzo sobrehumano) Si yo soy siempre la misma... ¡la misma!

Luis No, madre, no; la misma, no. Todo en ti ha cambiado. Tus mismas costumbres...

Luisa ¿Cómo? ¿Vas a dar también en la manía de regañarme, como el ama Pepa, por si hago o dejo de hacer?...

Luis No, yo no juzgo tu conducta; no tengo ese derecho. Soy tu hijo y mi deber es respetarte en todo, pero..

Luisa Mira, Luis: acaso la cansa de nuestro desacuerdo sea que tú tienes de mí mejor concepto, mejor opinión de la que merezco. Yo

no soy tan buena como tú te figuras. Yo soy una mujer vulgar que no ha recibido la educación que tuve la fortuna de poder darte a ti.

Luis Tu bondad y tu inteligencia la suplieron.

Luisa Los lugares que yo he tenido que frecuentar no han sido siempre escuelas de buenas costumbres. No debe extrañaros ni al ama Pepa ni a ti, que las mías no sean a veces muy correctas.

Luis Tratas inútilmente de calumniarte.

Luisa Déjame acabar, hombre. Mientras estuviste en relaciones con María, procuré que mi conducta fuese ejemplarísima para que sus padres no tuvieran nada que decir...

Luis No, madre, no; yo te defiendo contra tí misma. Tú no tienes que fingir una bondad que te rebosa del alma. Lo que finjes es lo contrario, ese empeño de no ser buena, esa indiferencia hacia mí. Por última vez te lo pido. Acabemos con estas discusiones. Venga un abrazo de aquéllos, de los antiguos, de los que hace tanto tiempo que no me das. ¿No quieres abrazarme?

Luisa (En un arranque impetuoso de amor.) ¿No he de querer, hijo mío? (Reprimiéndose y abrazándole fríamente.) Yo te abrazo siempre con cariño: míralo.

Luis No; este abrazo no es el que yo esperaba.

Luisa Vamos, Luis: desimpresiónate de todas esas tonterías que piensas. Me haces sufrir muchísimo. Míralo, me pones nerviosa, descentrada. Yo creo que es esta casa, este pueblo, este ambiente el que te sugiere tanto disparate. Además esta semioscuridad... (Enciende la luz eléctrica.) Créeme; haces bien en marcharte esta noche.

Luis ¿Tú quieres que me vaya?

Luisa Sí.

Luis Pero, ¿esta noche?

Luisa Esta noche misma. Te conviene; el trabajo es un gran sedante para los nervios. Sí, vete.

Luis Puesto que tú lo quieres, sea. Adiós, madre.

Luisa Adiós, Luis.

(Se besan fríamente.)

Luis (Haciendo mutis por la puerta que da acceso al jardín.)

(¡Señor, Señor... que yo me engañe, que esto sea una pesadilla!...) (Mutis.)

Luisa (Llorando.) ¡Señor, Señor!... ¿He expiado ya mis culpas? ¿Estás ya satisfecho de mí?... (Queda llorando. Por el foro izquierda entra en escena CAYETANO, con un hatillo colgado del brazo y el sombrero ancho en la mano.)

Cay. (Contrariado.) (Mala ocasión. Está hecha una Madalena y no creo que esta Madalena esté pa tafetanes. Y que llora de verdá; con er corasón encogío der tó. ¿S'abrá puesto mala?) (Dando un paso hacia ella.) Señora.

Luisa (Levantándose sobresaltada.) ¿Eh?... ¿Quién?...

Cay. ¿S'ha puesto usté mala? ¿Quiere usté que avise?...

Luisa No; no es nada, Cayetano. Nervios. Ya pasó... ¿Quería usted algo?

Cay. Como queré, que se diga queré... sí, señora, que quiero; pa qué vamos andá con arrodeos.

Luisa Diga.

Cay. Ya sabrá la señora que me voy de la casa. Lo siento, pero...

Luisa Sí, ya sé que esto no le prueba. ¿Es ahora la marcha?

Cay. Esta noche a las ocho.

Luisa ¿A Madrid?

Cay. (Después de sonreir y encogerse de hombros.) Eso es lo que creen aquí, que me voy en er tren de las ocho; pero lo que hago yo a esa hora es embarcarme en el puerto de Pasajes.

Luisa ¿A dónde va usted?

Cay. ¿A dónde voy a dí, señora? A Málaga... ¡A Málaga, que no pueo má! Son cuatro años sin verlos, señora, y... ¡son onse chavales! Usté carcule. Uno tiene su corazón y sus istintos, y yo... ¡no pueo má! Estoy ya que no encuentro agrado en denguna parte. Si he renegao de Madrí es porque estaba lejo de Málaga, y si he mardesío a este pueblo es porque estaba más lejo entavía. Se m'han subío los niños a la nué y estoy que m'ajogo. Si ellos estuvieran aquí, er musgo me paresería a mí.. jaramago!, porque aquí hase humedá, pero aonde siento yo más la humedá es en los ojos, que hay noches que me doy cá jartón de llorá, que se me parten

los sentíos. Que no pué sé; señora; ¡que no pueo má!

Luisa ¡Cuatro años sin ver a sus hijos!

Cay. Cuatro años, que se dise mu pronto. Por su bien los dejé y no he perdío er tiempo, que tres mil reales llevo ahorraos, pá ellos. Ahora llego allí y los saco del hespisio y m'ajunto con mi mujé, quieras que no; y si tiene otros tres el año que viene, que se aguante, que pa eso es mi mujé.

Luisa ¿Y dice usted que se va embarcado?

Cay. Sí, señora, en un barco carbonero; tardaré una semana en llegá y llegaré mu tisnao; pero me llevan na má que tres duros por el pasaje, porque como yo sé de cosas de la má, les ayudaré en las faenas. Y eso es lo que mayormente quería yo decirle a usté; que como usté al traerme aquí era pa llevarme aluego a Madrí cuando usté gorviera y er viaje era por su cuenta de usté... pos a vé si quería usté darme esos tres duros, porque la verdá, es un doló que yo le arañe a los tres mil reales. Ya usté ve que no lo pido por mí, que ni fumo pa podé ahorrá. Es... por los chavales de mi arma.

Luisa Es usted un buen padre, Cayetano; un padre que sabe querer, porque sabe sacrificarse por sus hijos.

Cay. Uno tiene su istinto, señora.

Luisa (Sacando de un mueble un puñado de billetes.) Tome. Márchese en el tren de las ocho. Pasado mañana puede ya ver a sus hijos.

Cay. (Asombrado, boquiabierto, sin dar crédito a lo que ve.) ¿Qué me da usté aquí, señora?

Luisa No sé; lo que sea. Deje que en medio de mis amarguras, disfrute del pequeño placer de contribuir a su felicidad.

Cay. (Conmovido.) ¡Doña Luisa!

Luisa Márchese; no me dé las gracias. Más bien soy yo quien debe dárselas a usted.

Cay. ¡Pero!...

Luisa Márchese y dé a cada uno de sus hijos un beso de mi parte.

Cay. (Comiéndose las lágrimas.) Un millón de ellos, señora; y acuérdese usté de lo que le digo. No sé si mi mujé tendrá el año que viene dos o tres; pero nascuan los que nascuan y sean hembras o varones, a tós les he de

poné de nombre doña Luisa. (Besandose los dedos.) Lo he jurao.

Luisa Adiós! Cayetano, adiós.

Cay (Besando los billetes, conmovidísimo.) ¡Que Dios se lo pague a usté, señora!... ¡Que Dios la bendiga a usté!... Que... (Llorando y sin poder ya hablar.) que... quedarse con Dió. (Se va hipando por la puerta que da acceso al jardín.)

Luisa ¡Pobrecillo!... (Un reloj da siete campanadas.) ¡Las siete ya! ¡Dios mío!... (Se acerca a un mueble sobre el cual habrá un jarrón con flores, toma unas cuantas y se las prende en el pecho.) Se acerca la hora de la farsa... ¡Quiera la Virgen Santa que sea la última! (Suenan risas y voces en el jardín. Luisa se mira al espejo, compone su figura y acude a recibir a los que llegan) ¿Pero qué risas son esas, señores? ¿Qué pasa?

(Entran riendo a carcajadas el CAPICÚA, LERELE y ZAMBRANO. El Capicúa es el matador aquel del primer acto; pero conviene añadir a lo que ya se dijo de bruto, que es un bruto endiosado. Mira como si le costara trabajo levantar los párpados y cuando habla se limpia la boca con la mano izquierda y adelanta la mano derecha como diciendo: «Hagan el favor de callarse, que voy a hablar yo.» Lerele, es un picador andaluz, muy bestia también y Zambrano, es un señorito marchoso, bullanguero y sinvergüenza. Lerele y Zambrano le bailan el agua al Capicúa de una manera indigna.)

Zam. Nada, que hemos venido en un taxi, y el chofer nos ha contado el timo que le dió un tal Romero hace dos meses. Lo tuvo cuatro días de zeca en meca; salieron en el auto para Madrid—cerca de Tolosa se hizo polvo una rueda, y va el tal Romero y le dice al chofer:—«Espéreme aquí, que yo iré a pie a Tolosa y telegrafiaré a San Sebastián para que nos manden otra rueda»; echó a andar y... hasta hoy.

Luisa ¿Y de eso se reían ustedes? Pues no le veo la gracia.

Ler. No, señora; es que aquí, er mataó, ha tenío un gorpe de los suyos. (Riendo.) ¿Cómo fué, Santiaguillo?

Zam. Repítelo, hombre.

Ler. (A Luisa.) ¡Ya verá usté!

Cap. (Ex-cátedra.) Na; que dije yo que ese Romero no me olía a mí bien.

(Zambrano y Lerele se tiran de risa. Luisa procura sonreir, sin que le salga.)

Zam. Eres en todo el número uno.

Ler. Er papá en tó; hasta jasiendo chistes de retruque. (A Luisa.) Bueno, ¿y esas niñas no han venío? (Por la guitarra.) Porque yo me he traío la pianola. A vé si hoy nos cumple usté su promesa y recuerda usté sus buenos tiempos.

Luisa Ya veremos.

Zam. Me gustaría que le quitara usted los muñecos a Carlota la Trianera. Se ha creído esa niña que no hay más artista que ella.

Ler. (Por Luisa.) Ar lao de aquí, que se limpien toas. ¿Se acuerda usté... en aquer teatro der Duque?... Como cantaba, y como bailaba y como sarpicaba grasia esta criatura. (Por Luisa.) Esa Carlota tiene una gibia mu grande, hombre.

Luisa (Que oye pasos en el jardín.) No criticar, que me parece que son ellas.

Ler. Pos venga un resibimiento lisonjero.

Zam. Vaya, que sea. (Piropeando hacia la puerta.) ¡Olé lo bonito!

Cap. (Idem.) ¡La grasia!...

Ler. (Idem.) ¡Venga con Dió lo más cañí der mundo!

Alm. (Entrando por la puerta del jardín, un poco cortado.) ¿Es a mí? (Capicúa, Zambrano y Lerele se retuercen de risa.) Muy buenas noches.

Luisa ¡Cómo! ¿Usted? Pero no me dijo que no podía asistir a la cena porque ¡al fin! pensaba marcharse a Madrid?

Alm. Se lo dije, Luisita, se lo dije; y he arreglado mi equipaje y he llegado hasta la estación; pero... yo no puedo volver a Madrid... ¡No puedo! Sé que en todas partes se comenta mi nueva conducta; que saben que he dejado de ser el hombre probo de antaño; que saben que he ganado a la ruleta once mil duros y que me he embriagado dos veces y que he dormido una noche en la prevención por haber apaleado, sin darme cuenta, a un bondadoso sereno que era un honrado padre de familia... ¡No!... ¡No! Yo no puedo volver a Madrid. ¿Cómo voy a convencer a la gente de que todos esos desafueros no los cometo yo, sino el otro yo; la fiera que llevo

dentro de mí? No. Luisita; para mí terminó ya la vida honrada; no soy más que un degenerado... (Muy tristemente y secándose las lágrimas.) ¡Juerga!... ¡Venga juerga!... Con lágrimás lo pido; pero venga juerga.

Luisa ¡Válgame Dios, Almansa! Pero hombre, si usted aunque juegue y aunque beba es un santo.

Alm. Yo sí; pero, ¿y el otro?

Ler. ¿El otro?

Alm. ¿Ustedes han visto esa obra que se llama Franz Haller? Bueno: pues yo, como él, me desdoblo. Nada: lo siento; me desdoblo. ¡Y sostengo una lucha!... Miren ustedes. Mi otro yo le pegó al sereno; bueno, pues yo he indemnizado al sereno, le he costeado a su esposa una operación quirúrgica y me he encargado de la educación de sus cuatro hijos. Mi otro yo bebe y le sienta muy mal; ¡es un ardor de estómago!.... Bueno; pues yo no tomo bicarbonato para que se fastidie y se fastidia, porque, vamos, tengo ya un dolor crónico que mi otro yo ve un vaso de vino y siento dentro de mí que se horroriza. (Ríen.)

(Por la puerta de la derecha entran en escena CARLOTA LA TRIANERA, LA MARI-GILI y LA MOSQUETA tres artistas de varietés de la más baja extracción. Las tres visten exageradamente.)

Carl. Vaya, hay buen humor. Más vale así.

Mari Buenas noches.

Mos. Buenas noches.

Luisa (Saludándolas.) ¡Hola! ¿Qué tal?...

Cap. ¡Niñas!...

Ler. Vení con Dió.

Carl. (A Capicúa.) Hola, fenómeno.

Mari ¿Qué hay, hombre?

Mos. ¿Has traído la guitarra, Lerele?

Ler. Mialá. Allí jumea.

Carl. (A Zambrano. Por Almansa.) ¿Quién es, tú?

Zam. Un tío más gracioso que la mar.

Luisa Oigan ustedes: que aquí tienen un nuevo amigo: el señor Almansa.

Carl. (Dándole la mano.) Mucho gusto en conoserlo.

Mari (Idem.) Lo mismo digo.

Mos. (Idem.) Lo mismo digo.

(Almansa les hace unas reverencias y unos saludos como si fueran tres Infantas de Castilla.)

Ler. (Aparte a Almansa.) ¡Qué! ¿Cuál le gusta a usté más?

Alm. ¿A mí?... A mí, ninguna, caballero; pero me parece que vamos a tener pata.

Ler. ¿Por qué?

Alm. Porque esa de claro le está gustando a mi otro yo.

Carl. ¡Ay! Lo que yo traigo es una sé...

Luisa Pues pasen ustedes al comedor: allí podrán beber de cuanto gusten.

Carl. Vamos.

Ler. (Recogiendo la guitarra y desenfundándola.) La primera botella hay que amenizarla con una copla.

Zam. ¡Eso: alegría!

Cap. ¡Arsando! ¡Juerga! (A Luisa.) ¿No viene usted, reina?

Luisa En seguida soy con ustedes: estoy aguardando a un amigo.

Cap. La suerte que tienen argunas personas. ¡Vamos!

Alm. (Haciendo mutis tristemente.) Vamos. Juerga... Sí; no hay más remedio... Juerga...

(Hacen mutis por la izquierda Carlota, Mosqueta, Mari-Gili, Zambrano, Lerele, Capicúa y Almansa.)

Luisa ¡Dios mío!... (Apaga la luz, se acerca a las cristaleras y mira al jardín. Dentro se oyen grandes risotadas.) ¿Eh? (Acudiendo la puerta de la derecha, que da acceso al jardín.) ¡Sandoval!

San. (Entrando.) ¡Hola!

Luisa ¿Le has visto?

San. Sí.

Luisa ¿Crees tú que vendrá?

San. (Llevándola hacia las cristaleras.) Mira.

Luisa ¡¡El!!... Pronto, ven, Sandoval...

San. ¡Luisa!...

Luisa ¡Ven!... (Se lleva a Sandoval por la izquierda. Queda la escena sola y relativamente oscura. Dentro, y en medio de risas y de gritos se oye cantar esta copla a compás de una guitarra:)

Tiene mi amante
dos ojos que se clavan
como puñales
y cuando mira
hay que pedir socorro
porque asesina...

(Durante esta copla entra LUIS en escena, por la puerta de la derecha y tambaleándose, como ebrio,

atraviesa la escena de derecha a izquierda, se asoma a donde se supone que está armado el jolgorio, se oye gritar a Lerele: «Eso es bailá, doña Luisa», retrocede, se echa a llorar como un chiquillo e inicia el mutis por la derecha, mientras ríen escandalosamente dentro y cae lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

EPÍLOGO

Habitación en casa de los Marqueses. Esta habitación, no muy grande, es el tocador de María y está decorada y amueblada con gusto y sencillez. Hay una puerta en el foro derecha y otra en el lateral izquierda. La acción en Madrid. Es de día.

—

(Al levantarse el telón no hay nadie en escena.)

Vict. (Doncella de la casa, aparece por la puerta del foro, guardando todo género de precauciones. Se detiene en el umbral, escucha, sonríe satisfecha, entra, cierra la puerta, cruza la escena, abre la puerta de la izquierda y dice a media voz.) Entre usted, señora.

Luisa (Entrando.) Gracias. (Luisa viste de oscuro y trae en el sombrero un espeso velillo que se quita al entrar.)

Vict. La ceremonia acaba de terminar. Los novios están firmando ese papel que firman todos los que se casan.

Luisa Sí; el acta. (Suspira.)

Vict. Ya no tardará en venir la señorita.

Luisa ¡Por Dios! Que no entre más que ella, Victorina.

Vict. ¿Quién más va a entrar, señora? El novio tiene también que cambiarse de ropa, porque piensan marcharse en seguida, en automóvil, a esa finca que poseen en Aranjuez; y los señores harto tienen que hacer con ocuparse de los invitados.

Luisa ¿Ha asistido mucha gente a la boda?

Vict. Medio Madrid. Están los salones que no se puede dar un paso.

Luisa Toma: lo convenido. (Le da un sobre.) Y ya

sabes: si pierdes la casa por mi culpa, la mía está a tu disposición.

Vict. Gracias, señora. (Acariciando el sobre y guardándolo en el pecho.) Dentro de un mes estaré yo también con el velo blanco.

Luisa (Sin importarle una higa lo del casamiento que le anuncia.) ¿Te casas?

Vict. Sí, señora; hay un cabo de la Guardia Civil que me tiene presa desde hace dos años; un hombre de bien. Bueno, todos los guardias civiles son personas hasta allí; pero este mío, figúrese usted, ¡es cabo! Y un real mozo. No se vaya a creer la señora que es de esos mal encarados con el bigote ancho peinao pá abajo; no, señora; bigote fino, rizado natural, y un cutis que pá mí lo quisiera yo. Un real mozo. Y cualquiera me dice a mí nada cuando voy con él por la calle. (Contoneándose.) ¡El cabo y la cabal...

Luisa (Que está atenta a los ruidos de fuera.) Se oyen pasos, Victorina.

Vict. (Acercándose a la puerta del foro.) Sí; póngase usted aquí, por si acaso. (Abre la puerta ocultando a Luisa con una de las hojas. Se asoma.) ¡Ya!

María (Dentro.) Un momento... ¿Para qué? ¡Si ya me habéis dejado sin flores!... (Risas dentro.) Esperadme; salgo en seguida. (Entra en escena vestida de desposada.) ¡Qué gentío, Victorina!... Vengo sofocadísima. (Victorina cierra la puerta con llave.) ¿Por qué cierras con llave?

Vict. (Indicándole la presencia de Luisa.) Porque...

María ¿Cómo?... ¿Usted?... (Victorina hace mutis por la puerta de la izquierda.) ¿Qué busca usted aquí, en este instante, señora?

Luisa Algo que necesito.

María No sé qué quiere usted decirme.

Luisa Que tengo que turbar tu felicidad en esta hora solemne de tu vida; pero no temas, el dolor que voy a causarte será muy breve; viene conmigo y conmigo se desvanecerá.

María ¿No piensa usted, señora, que puede entrar alguien? El mismo Luis...

Luisa Cerrada está esa puerta y guardada la otra. Tú sola has de oirme.

María Si de mí sola se tratara no sentiría temor, sino alegría. Yo deseaba hablar con usted antes de ahora.

Luisa Antes no era posible. Ahora es necesario.

María — Cualquier momento me hubiera parecido bien para que nos viésemos, y a no ser porque el mismo Luis era el primero en prohibírmelo, crea usted que yo hubiera buscado una ocasión...

Luisa — Entonces... ¿no me juzgas como dicen que soy? ¿No crees que mi contacto mancha?...

María — No me diga usted eso. Yo ignoro lo que ha pasado entre Luis y usted, porque él, llorando, me hizo prometer que no le hablaría de usted jamás, y yo he cumplido mi promesa. Sé que algo muy grave debe haber pasado entre ustedes; pero sé también, porque el corazón me lo dice a gritos, que usted debe ser víctima de una calumnia o de una falsa apariencia.

Luisa — ¿De veras? ¿De veras no lo crees?

María — Una sola vez he hablado con usted en mi vida; pero me ha bastado con ella para ver su alma hasta el fondo.

Luisa — (Conmovida.) ¿No has olvidado lo que hablamos, verdad? Recuerdas que te dije: «Yo te daré a Luis, opóngase quien se oponga.»

María — Sí; pero eso...

Luisa — Eso no debiste olvidarlo, y menos hoy al vestirte con esas galas. Por eso me tienes a tu lado en este momento: porque quería verte aquí, al volver del altar, para decirte: «He cumplido mi promesa, hija mía. Te he dado a Luis. A mí me lo debes, ¡a mí sola!»

María — ¿A usted?

Luisa — Yo soy quien te ha puesto ese velo; yo quien te ha prendido esas flores de azahar; yo quien te ha llevado de la mano ante la imagen de la Virgen que acaba de bendecir tu unión. Tú no me veías; pero yo estaba allí, a tu lado y al lado de mi hijo, diciéndoos mientras juntábais vuestras manos: «Sois dignos uno de otro; amaos y sed felices.» ¿Qué importa que vuestra felicidad me cueste a mí tantas lágrimas y tantos dolores?

María — No comprendo.

Luisa — Ni me comprenderás hasta que me hayas hecho un juramento.

María — ¿Qué quiere usted que le jure?

Luisa — Que lo que voy a decirte no saldrá de ti

mientras yo viva. ¿Me lo juras como cristiana?

María Sí, señora.

Luisa ¿Por la vida de Luis?

María Por lo que usted quiera. ¿Cómo voy yo a disponer de un secreto que usted me confíe? Explíqueme usted...

Luisa La explicación es muy sencilla. Vuestra felicidad reclamaba que yo fuese mala, y lo fuí... No había más que un medio de que Luis fuera tu esposo: frente a las exigencias de tus padres de que te alejase para siempre de mi lado, que se convenciera de que debía hacerlo, que me creyera una mujer miserable, que se avergonzara de mí.

María (Asombrada.) ¿Y usted?...

Luisa Yo le hice que viera con sus propios ojos que era la última de las mujeres.

María ¿Tuvo usted valor?

Luisa Y no me arrepiento; porque estoy pagada con vuestra ventura.

María ¡Dios mío! ¿Qué ha hecho usted? Es preciso que Luis sepa...

Luisa Ahora, no; luego, luego... Oye, y graba bien en la memoria mi encargo, por si tardas en poder cumplirlo. María, tú me estás viendo en este instante por última vez; mi hijo no ha de volver a verme. Cuando sepas que he muerto, di a Luis de mi parte estas palabras: «Tu madre era buena y me pidió que fuese yo misma quien te lo dijera; me lo pidió el mismo día de nuestra boda, antes de que cayese de mi cabeza el velo de desposada, antes que tú me dieses el primer beso de amor.» Sí; después de muerta quiero reconquistar el corazón de mi hijo. Me da miedo pensar que su desamor pueda seguirme más allá de la existencia; que sobre la tierra en que yo duerma para siempre no caiga una sola lágrima suya... ¡No! ¡Eso, no! Ya es bastante con que renuncie en vida a su cariño... ¡Quiero para mi tumba sus flores y sus plegarias!... Llévalo tú a ella, María, y dile allí, mostrándole el hoyo en que repose: «Besa esa piedra, Luis; bésala, porque la que está debajo de ella te quiso de tal modo, que puede que el calor de tus labios llegue todavía hasta sus huesos...»

María (Llorando.) ¡No, no! Eso no es posible... Sería un crimen. Luis tiene que saber...

Luisa Acuérdate de que lo has jurado. Dios te castigaría... Hasta que yo muera Luis ha de ignorar mi sacrificio. Es irrevocable mi resolución.

María Eso sería para mí un remordimiento cruel.

Luisa El amor y la ventura que te esperan se encargarán de disiparlo.

(Voces dentro.)

María Alguien viene, señora. (Golpes con los nudillos en la puerta del foro.) Vienen a buscarme.

Luisa Sí; es la felicidad que llama a tu puerta. Vé a abrirla. Adiós.

María Pero ¿y usted?... ¿Y usted?...

Luisa Yo me voy a contemplarla desde lejos. Algunos de sus rayos llegará hasta mí.

María No; yo no consiento...

Luis (Dentro, golpeando la puerta.) ¡María!

Vict. (Entrando por la puerta de la izquierda un poco apurada. A Luisa.) ¡Señora!...

Luis (Dentro.) Abre; soy yo.

Luisa ¿Lo ves? Es el amor que llega; es el primer beso... Corre a recibirlo.

María (Abrazándola.) ¡Cuánto le debo, madre!... ¡Madre de mi alma!...

Luisa Págame haciéndole dichoso... (Desprendiéndose de ella.) ¡Adiós!.. (Se va por la puerta de la izquierda.)

Luis (Dentro.) ¿No abres?

María Sí; al momento; al momento...

(Victorina abre la puerta del foro y entra Luis.)

Luis ¡María!... ¡María de mi vida!...

María ¡Luis mío!...

(Se abrazan, se besan. Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.).

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música dei maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.
Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
La traición, melodrama en tres actos.
Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.
Adán y Evans, monólogo.
El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición).
Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.
El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

PRECIO: 2,50 PESETAS